

16-1-910

"La Correspondencia de España"

NOTAS MUSICALES

TEATRO REAL

«Colomba».

Al reanudarse en el teatro Real la presentación de óperas españolas, después de cierto espacio de tiempo, dedicado á la importación de género extranjero, en determinados casos de menos prestigio artístico que el que por acá nos gastamos, el éxito ha acompañado á estos nuevos y decididos intentos, para que el arte nacional ocupe el sitio que merece. Sus autores, afortunados y justos, han hecho que para ellos fuesen ovaciones, que parecían reservadas únicamente para quien nació fuera de España, y ayer «Margarita la Tornera» y hoy «Colomba», vienen á derramar sobre nosotros raudales de alegría y satisfacción al ver que el éxito ayuda á los esfuerzos de los expresados paladines.

Chapí, desaparecido prematuramente, fué su último esfuerzo solemne y decisivo para luchar y vencer sobre un escenario que, tirano y orgulloso con sus glorias, mostrábase rebelde á ser conquistado. Vives, músico joven, de alientos poderosos, luchador así mismo, enamorado de su arte y siempre dispuesto á reñir batallas por el mismo, ha seguido en la labor emprendida y ha conseguido vencer, de igual modo que lo logró en anteriores empeños. El tantas veces aplaudido maestro ha recorrido con su inspiración y técnica todos los géneros que abarca la música, y su pluma lo mismo ha escrito piezas para concierto que ha estampado notas retóricas, que alcanzaron luego popularidad callejera. Sabiamente preparado para producir óperas, á ellas ha llegado ahora con «Colomba»—como anteriormente lo hizo con otras—, triunfado y haciendo que el público batiese palmas en honor suyo.

«Colomba» es una ópera toda pasión, melodía y vigorosos acentos. Un libro dramático y hábil para presentar situaciones musicales, ha servido para que Vives trabajase en una labor que pudiera ser de las más salientes de sus producciones. Este es el secreto de muchos éxitos de ópera, y Puccini y otros podrían dar perfecta razón de esto. Los autores del poema de «Colomba» han estado afortunados, prestando á la acción gran interés, sobriedad y poesía efusiva.

López-Ballesteros y Fernández Shaw han hecho, á juicio mío, un perfecto libro de ópera, de color popular, de alma vibrante y de interesante asunto.

que mora, enardece á aquella pastoril muchedumbre. Es la exaltación de la *wendetta*: es el sedimento que varios siglos de crueldad han dejado en el alma corsa, que canta odios y amores por boca del salvaje *Brandolaccio*, y que encuentra eco en el espíritu primitivo é inculto de los que le escuchan.

Colomba aparece. En ella encarna todo el espíritu de la raza, y esta representación, un poco abrumadora, hácele perder, indudablemente, carácter de humanidad, y ha obligado al compositor á escribir para esta figura una de las más fatigosas *particellas* de tiple que pueden imaginarse, por la necesidad de mantener y hacer perdurar en la partitura la tremenda tensión espiritual en que vive el personaje, que siendo mujer, antes es vengativa que amante; como que ella es, en resumen, toda Córcega. Es mucho ser, realmente.

Y así, desde su aparición, á la que acompaña una fugaz aparición de un ritmo de zortzico—quizá porque Vives ha encontrado en ese extraño 5 por 8 una traducción de la violenta y tumultuosa vida interna de *Colomba*—hasta el fin del acto, la intención dramática va en aumento, así en el diálogo de la protagonista con los asesinos Barracini, como en el extenso dúo con *Ors Antoni*, que vuelve de las guerras napoleónicas en busca de *Colomba* amorosa y se encuentra con *Colomba-Furia*, que le aborrece porque se niega á despenar á un Barracini, en *wendetta* del crimen anterior en la serie. Los habitantes de Pietranera hacen otro tanto, y queda solo el pobre Ors Antoni en el riente valle. Ya es de noche. Y allá, á lo lejos, un rayo de luna descubre el montículo de piedras coronado por una cruz, que sigue hablando de *wendetta*.

En este último dúo hay momentos afortunados. Algunos comentarios orquestales revelan un plan constructivo, digno de estimación y aplauso. En general, la instrumentación es brillante, moderna. Superior á la invención melódica en varios pasajes, encubre con fortuna los instantes de desmayo del estro creador.

Con fortuna y con una sonoridad muchas veces excesiva, que todo se ha de decir.

El acto segundo comienza con un pintoresco bailable, que produce buen efecto y es repetido, seguido de un corito de viejos que estuvo á punto de ser oído dos veces, y que son un alto en el desenvolvimiento dramático de la obra y de su comentario y expresión líricas; pero á partir de este punto no hay ninguno de reposo.

Un dúo; un terceto de carácter sombrío, en el que interviene cierta bruja cuyo paso por la acción parece anunciar la catástrofe, y es saludada con sonoridad misteriosa y extraños diseños; la gran escena, en la que *Colomba* logra, al fin, sus vengativos propósitos, entonando el *rimbecco* que pone el puñal homicida en la mano de *Ors Antoni*.

Hay cierta monotonía en la balada que *Colomba* entona al pie de la secular encina: en general la falta de sinceridad del momento dramático se refleja en la partitura, en la que—y esto es observación general—las *tessituras* son de elevación extraordinaria. En Pietranera las voces están por las nubes. Es verdad que sin eso apenas serían oídas, porque el exceso de sonoridad persiste en este segundo acto, que es, no obstante lo apuntado, muy interesante y fué oído con atención y premiado con aplauso caluroso, que obligó al maestro Vives á presentarse en escena muchas veces, acompañado de sus intérpretes, de los cuales merecen una mención especial la señorita D'Albert, *Colomba* arrogante y flema, que dijo con pasión y brío su abrumadora parte; el tenor Pazzini, notable en el dúo de amor del acto primero y afortunado en varias frases del segundo; Cigada, que arrancó un aplauso cerrado al acabar el canto de independencia, que es su aria de salida, y la señorita Perini, lúida cantante que hizo el sacrificio de parecer una bruja por media hora. Estos artistas italianos merecen, y obtuvieron plácemes de gratitud por el entusiasmo que pusieron al servicio de una empresa tal como supone el estreno de *Colomba*.

De los artistas españoles citaremos á Cabello, Fúster, Foruria y Laserna, las señoritas Marini y Barea.

La orquesta luchó bravamente, acaudillada por Villa, que puso extraordinario esmero en su importantísimo cometido.

La decoración del segundo acto (una plaza de Pietranera), pintada por el ilustre Amalio Fernández, es otro acierto de este escenógrafo.

La dirección de escena pareció inteligente y cuidadosa.

La impresión dominante era anoche favorable, con algunas reservas, á la nueva producción de Vives.

En *Colomba* no se interrumpe la serie de intentos felices que nos llevan al fin apetecido, si bien opino que no es esta ópera la obra personal que puede hacer entrever el hallazgo de la fórmula. Si acaso representará, en ese orden, un retroceso, ó, cuando menos, una detención. Ya anunció Vives que se proponía hacerse entender de todo el mundo; pero eso lo hubiera podido lograr acomodándose menos al viejo patrón, porque talento para eso le sobra.

Toda la Real Familia asistió al espectáculo y aplaudió frecuentemente al maestro Vives y á los intérpretes de *Colomba*, de cuyo estreno son estas líneas una rapidísima impresión, inconsistente, pero sincera.

Wem.

"El Imparcial"

TEATRO REAL

"COLOMBA,,

Drama lírico en dos actos, libro de los señores López-Ballesteros y Fernández Shaw, música del maestro Vives.

Reanudamos nuestras crónicas, interrumpidas durante breves días, con el relato de un suceso artístico de alta significación, de positiva transcendencia en el porvenir, y aun en el presente, de la música española: el estreno triunfante y clamoroso de «Colomba». Un auditorio brillantísimo, solemne, escogido, en el que aparecían los reyes, los infantes, casi todos los ministros, la alta sociedad aristocrática, la aristocracia de las artes y de las letras y el gran público devoto fiel de estas fiestas del espíritu, aclamó la nueva ópera en casi todas las escenas, y al final hizo una ovación delirante, inacabable, cariñosísima, conmovedora, al maestro Vives, pues los autores del poema, procediendo con generosa modestia, rehusaron los honores de la escena cuantas veces fueron reclamados, dejando por entero la gloria de la memorable jornada al músico insigne. A esta ovación triunfal unieronse los cantantes aplaudiendo desde el escenario y los profesores de la orquesta desde sus atriles. El voto, pues, fué unánime y fué justo y fué legítimo.

«Colomba» es la feliz realidad de una visión certera de dos poetas: López-Ballesteros y Fernández Shaw. En las páginas de la novela de Próspero Mérimée destácase, aún más que la misma protagonista, su hermano, el bravo oficial de las legiones napoleónicas, que, apartado de Córcega, lanzado á la guerra, héroe de cien combates, vencedor y al fin vencido como el coloso en Waterloo, vuelve los ojos á su patria querida. De su espíritu, lejos de Pietranera, la aldea natal, se han borrado las divisiones de familias, los odios eternos, las venganzas implacables, y ya sus labios no aciertan á cantar el «rimbeck», la estrofa siniestra que es profecía de ruina y de muerte. Al volver, ansioso de paz, bañada su alma en otros horizontes, aterrada su mente por el recuerdo de tantas tragedias de sangre y de conquista, busca en el amor y en la quietud de la aldea querida el reposo y el olvido... Un pueblo entero le empuja á la «vendetta». Su padre había sido asesinado durante la ausencia del soldado, y éste debe matar al asesino ó á su hijo ó á su más próximo pariente. Así es la fiera tradición de los corsos y en la obra de Mérimée así lo exige la hermana de «Orso», «Colomba».

Pero los escritores españoles, autores de este poema, han hecho de «Colomba», la prometida de «Orso», la inmutable y severa mantenedora de la pena de Talió. Sus brazos amorosos aguardan al esposo ansiado con trémulas palpitaciones de amor; pero no han de ceñir su garganta ni abarcar su pecho ríco y fuerte de luchador del gran ejército mientras el asesino de su padre no muera á manos del hijo vengador. Y ya la novela de Mérimée presta únicamente á los poetas de esta «Colomba» musical, escrita en versos rebosantes de pasión ó palpitantes de odio, fieros como puñales ó tiernos y dulces en los cantos pastoriles, el ambiente de Córcega. Lo demás es nuevo. «Orso» mata cara á cara, en lucha franca y leal, cuchillo en mano, y con «Colomba» y con «Brandolaccio» y «Chilina» sube al «maquis», á las crestas del bosque, seguro, impenetrable, donde serán reyes y dioses, donde la ley no llega, mientras abajo, en la aldea, perdurará [quién sabe si por siempre] la «vendetta» feroz y salvaje...

Este es el libro de López-Ballesteros y Fernández Shaw, diestramente aderezado con episodios tiernísimos, con estrofas de pastores, con danzas y escenas de íntima y penetrante poesía... Un verdadero hallazgo.

Vives ha dado con esta partitura admirable un paso gigantesco—creemos haber dicho antes que definitivo—en pro de la ópera española. Vives mantiene, y hace muy bien, en sus páginas musicales la tradición de nuestro arte nacional. La melodía se destaca siempre como una línea de luz sobre la trama orquestal, aun siendo ésta de una complicación y una dificultad técnicas vencidas siempre por el supremo acierto de un maestro familiarizado con los mayores atrevimientos de los compositores modernos.

Penetrado del espíritu, del alma del poema, su inspiración acierta dichosamente á expresar el extraño contraste entre la poesía pastoril, sencilla, suave y tierna, y la violencia, el brío, el nervio poderoso de los cantos de odio y de venganza con que un pueblo entero excita á «Orso» y le obliga y como que le arrastra á la satisfacción de un deber que ellos estiman ineludible. El amor intenso y eterno va apareciendo y va borrándose como arcos de iris en sucesivas tempestades, hasta mantenerse firme en los altos cielos en una como explosión tremenda y ruda.

La obra comienza con un «scherzo» mozartiano, lleno de frescura y de gracia. El coro lejano entona su plegaria, ó mejor, su himno al trabajo. De improviso cambia el color de la música. «Brandolaccio», el corso que vive independiente y libre en la montaña, canta su libertad y su independencia con rugidos de león, y el pueblo le acompaña admirado y enardecido... Después «Colomba». Sabe la inmediata llegada de «Orso», y su alma se desborda en torrentes de ternura y de caricias, interrumpidos por el recuerdo siniestro de la «vendetta» que ve inmediata. Todos estos sentimientos contrapuestos, todos estos cambios bruscos de color y de ritmo son expresados y subrayados por el músico con acierto supremo. Diremos por adelantado que el maestro y los poetas tienen una inmejorable colaboradora, una artista exquisita, de intención, de poesía, de abandono, de fiereza en la señora D'Albert, lindísima «Colomba» y genial artista, á quien el poeta D'Annunzio dedica sus obras llamándola «La bella de los ojos dulces de paloma». Diremos también que el tenor Fazzini es otro colaborador principalísimo, que derrocha su voz poderosa, firme y robusta con una generosidad extraordinaria, y que el relato de su vida guerrera en los ejércitos de Napoleón—página musical muy bella y expresiva y soberanamente tratada en la orquesta—fué dicha con varonil y sobrio acento...

Pero esto no es una crítica, sino una crónica trazada al correr de la pluma y reflejando impresiones del público, del gran público de anoche. El éxito de «Colomba», iniciado en las primeras escenas, crecía y crecía á medida que la sencillez melódica iba transformándose y como engrandeciéndose en la orquesta. Por los instrumentos va pasando el «rimtecko», así como perenne recuerdo de un crimen que demanda la venganza. A las veces la explosión del amor, de la paz y del olvido domina y triunfa, pero el canto siniestro reaparece con una persistencia, con un vigor, con una fuerza, que acusan el triunfo inexorable y fatal de la tradición sangrienta y odiosa...

El espíritu reposa como en oasis risueño y feliz en las escenas pintorescas de la boda.

La canción de la alegría y del amor es una página hondamente sentida, de una sencillez bucólica, de una ternura íntima, de una poesía infinita. El tenor que la cantó, un artista español muy modesto, merece un buen ascenso. Puso en su voz, dulce y afinada, emoción y encanto, como requiera la feliz inspiración del músico, y el número fué repetido y Vives otra vez aclamado... Y de nuevo estallaron las ovaciones en el coro de viejos deliciosísimo y nostálgico, y luego en el dúo, y después en un terceto, sobre un canto de Córrega, muy bello, muy típico y muy diestramente adaptado al poema, y, por fin, en la balada y en todo el final bravío, brutalmente hermoso, sin los artificios musicales de los maestros italianos modernísimos ó modernistas ó veristas, que ponen á contribución al cielo y á la tierra, y cuando no saben ó no pueden cantar, enmudecen, porque por ellos y para ellos cantarán editores omnipotentes y «divas» y «divos» que siguen siendo indispensables.

De las aclamaciones con que fué acogida la nueva ópera ya se da idea al comienzo de esta crónica. Lo que no está bien reflejado, ni tal vez justamente estimado en la apariencia, es el noble, el admirable esfuerzo, el sorprendente acierto de la señora D'Albert, insuperable «Colomba», tan grande, tan excelsa cantante como inspirada actriz, no ya acertada, felicísima, en la manera de sentir, de expresar y de vestir el interesante personaje; el amor, el brío, la pasión que el tenor Fazzini puso en la interpretación de su difícil parte, escrita como la de la triple—con perdón sea dicho, amigo Vives,—en una «tessitura» despiadada: la corrección y la propiedad con que Cigada dijo, cantó y sintió su papel, y para no olvidar nombres estimables, el esfuerzo de todos, colocando en el primer plano, en el gran plano, á Ricardo Villa, que dirigió y concertó la obra con su talento y su maestría ya proclamados y consagrados, y á otro maestro, á Amalio Fernández, el ilustre pintor escenógrafo, autor de la hermosa decoración del acto segundo.

EDUARDO MUÑOZ

"El País"

TEATRO REAL

ESTRENO DE "COLOMBA,"

CUATRO PALABRAS

La ópera española, cuya laboriosa gestación es de todos conocida, cuenta desde anoche con una obra más en su repertorio.

Colomba, estrenada anoche con éxito, se debe á la inspiración del ya famoso compositor catalán, Amadeo Vives.

Llega el celebrado autor de *Bohemios* al campo de la ópera con un lucido bagaje de obras aplaudidísimas del género zarzuelero, elevado modernamente, en términos tales, que no puede haber inconveniente en considerarlo como precursor de la desorientada ópera española.

¡Cuántas óperas existen del antiguo régimen que deben clasificarse como zarzuelones indecorosos! Por el contrario, buen número de zarzuelas, de nuestros compositores modernos, que no ceden en inspiración á los extranjeros, pueden reputarse óperas sin más que la transformación de las escenas habladas.

Lo que hay que hacer, por medios que no son de este momento señalar, es que los compositores españoles tengan medios y ocasiones de frecuentar el género, y que éste ofrezca algún aliciente mayor que el de la «satisfacción interna», de haber hecho una ópera.

Vives concurre hoy á la palestra animosamente, aportando al común esfuerzo su *Colomba*; Vives es una personalidad distinguida en el mundo artístico, que no necesita de nueva presentación.

Tampoco niega su procedencia, y abundando en las ideas anteriormente apuntadas, declara paladinamente, sin temor á estúpidos prejuicios, que *Colomba* iba para zarzuela; por extensión, ampliación, elevación, como quiera decirse, se convirtió lo actuado, desde el momento de la substanciación de la forma, fácilmente, en ópera; solamente con dar mayor amplitud al proceso vocal, con el consentimiento de una masa orquestal numerosa, completa y aguerrida, base de las modernas especulaciones musicales, y, nada más; pues el lenguaje juzgó acertadamente Vives que no había por qué retorcerlo ni hacerlo ininteligible. Conocedor del público, como el que más, estimó que aquél había de agradecerse, y trazó la partitura de *Colomba* con sencillez y claridad, inmejorable sistema para ganar su confianza, conquistando su estimación y aplauso.

Este extremo es más importante de lo que parece, pues Vives llegaba por primera vez al teatro de la plaza de Oriente, y aparece como un veterano autor «de la casa», conociendo con intuición admirable el actual estado de opinión del «dorado» público.

Vives posee en alto grado el espíritu de asimilación y adaptación al medio: su gran cultura, vasta ilustración y sólida técnica, no son obstáculo para que se mantenga en los límites de lo prudente, según su especialísimo y acertado punto de vista.

Decimos esto, en la creencia firme de que *Colomba*, cuya importancia artística somos los primeros en reconocer, no es lo decisivo en la obra del insigne compositor catalán.

LA PARTITURA

Queda apuntado, pues, que la música de *Colomba* se distingue por la claridad y seguridad de su trazo, interesando en todo momento y siguiendo paso á paso las incidencias dramáticas del libro. Son momentos culminantes de la labor del compositor todo el ambiente pastoril de las primeras escenas, la llegada del coro y canción del barítono; la figura musical de *Colomba* está vigorosamente delineada y no pierde, ni un momento, la brava energía que le inspiran ideas implacables de venganza. La llegada de Ors (tenor) y dúo siguiente, también marcan otro momento bello de la obra, aun cuando resulte algún tanto diluido y fatigoso el desarrollo de la acción; el final de acto, emocionante y «bien servido», como se decía antes al hablar de las «situaciones».

En el segundo acto está condensado el mayor interés, por la múltiple variedad de sus elementos componentes; el desarrollo más animado de la acción y trágico desenlace.

La canción de la alegría, bailable al propio tiempo, entona el cuadro en el principio del acto; fué repetida por aclamación, por su bello efecto, y el cortejo de los viejos, nota tierna, sentida y poética; la escena entre la bruia y los asesinos, de

sonoridad velada, *cupa*, es otro acierto del compositor; la gran balada de la encina, de indescriptible melancolía y corte clásico, son fragmentos que avaloran la segunda mitad de tan inspirada partitura.

La instrumentación es robusta, pletórica y presta adecuado color á las diversas fases de la obra.

LA INTERPRETACION

Los artistas italianos que tomaron parte en el estreno de *Colomba*, merecen bien del Arte patrio; vencieron gallardamente las dificultades de cantar en idioma extraño, y colaboraron con sin igual entusiasmo á la obra del compositor español.

Muy bien la señora D'Albert en *particella* de verdadera importancia y responsabilidad; la señorita Perini, acertadísima en la ingrata parte de la *Corneja*, y entre las *nuestras* la Srta. Hernández, Sra. Barrea y Marini.

De ellos, en primer término, el bravo tenor Fazzini, luchando victorioso con lo elevado de la *tessitura*, y el gran Cigada, al que ya podíamos incluir entre los de casa, después de sus creaciones y triunfos en *Margarita* y *Colomba*; fué muy aplaudido Cigada, en la canción de salida, número de verdadero lucimiento que le tocó en suerte. Cabello, Fuster y Del Pozo, notables en sus episódicos papeles, y en cuanto al joven tenor Serna, admirable artista y distinguido coterráneo, hizo «do suyo» en la ya famosa *Canción de la alegría*.

Sin excluir en el capítulo de los elogios á los viejos del montón, todos artistas meritisimos.

Dirigió la ópera, con su pericia acostumbrada, el maestro Villa.

La escena, cuidadísima por la inteligente dirección de D. Luis Paris.

El decorado de Amalio Fernández, justisimamente elogiado.

EL EXITO

Tanto el maestro Vives como los colaboradores Sres. Fernández Sahw y López Ballesteros, en unión de los afortunados intérpretes de *Colomba*, salieron á escena muchísimas veces á recibir los aplausos del público, que acogió la nueva ópera con cariñoso entusiasmo.

Sea enhorabuena.

L. A.

"Diario Universal"

ESTRENO EN EL REAL

"COLOMBA"

Comenzaré por decir, y esto con la interior satisfacción que me producen los triunfos ajenos, que el maestro Vives logró anoche uno indiscutible y seguramente transcendental: su ópera *Colomba* fué aplaudidísima, y él quedó, seguramente, con fuerzas para hacer mucho más. En el apogeo de su talento, con inspiración lozana aún y completo dominio de la técnica ya, tiene muchos años por delante para hacer obras maestras, y si la primera vez que aborda un género vence, como ayer, no es arriesgarse demasiado profetizar que su nombre puede aún volar por el mundo junto á los de compositores extranjeros cuyo mayor mérito está á veces en tener editores que sepan presentar y hacer valer como magníficas mercancías que no siempre son de primera calidad.

Para el maestro Vives el problema de vencer, aun en las desfavorables condiciones en que los compositores luchan, no es arduo, ni mucho menos. Tiene el autor de *Colomba*, aparte las condiciones de inspiración y de saber ya enumeradas, dos virtudes capitalísimas: el buen gusto y la facilidad para adueñarse de los ambientes, que le sirven á maravilla para que su música no sea aditamento, á veces incongruente, del libreto, sino parte integrante de él—si vale la palabra—mediante la absoluta y perfecta compenetración que hace al maestro sentir lo mismo, y á veces más intensamente, que al literato.

Ejemplos de esta compenetración son la mayor parte de las zarzuelas de Vives, y singularmente *Bohemiós*. En la partitura de esta obra—de que oportunamente señalé defectos—hay un mérito indiscutible y superior á todos: la pintura del ambiente, infinitamente mejor hecha por las notas musicales que por las frases mismas del libreto.

Esta condición, favorabilísima, hace que el problema para el maestro Vives sea el de encontrar buenos libretos, y esa suerte la ha tenido al hacer *Colomba*: al libro de Fernández Shaw y López Ballesteros podrá reprochársele, todo lo más, que haya buscado asunto extranjero para una ópera española; pero está, en cambio, admirablemente construido y muestra, como el género pide, una pasión grande, sintética, dominadora, que da ocasión á amplios desarrollos musicales, y sin episodios que desorienten, primero, al que escribe la partitura, y luego, á quien la oye. En este sentido, y no en este sólo, el libro de *Colomba* tiene indiscutible superioridad sobre el de *Margarita la Tornera*, y merece caluroso aplauso.

El maestro Vives ha aprovechado admirablemente esta condición favorable, y en su ópera esa pasión avasalladora que forma el eje del libro es toda la partitura: el *rimbecco*, canto de venganza que encierra toda el alma corsa, vibra constantemente en aquellas páginas, dándoles un brío enorme, dominador, formando el ambiente á que al final se rinde Ors-Antóni para vengar la muerte de su padre.

Vives ha pintado la energía cruel de la pasión vengadora de *Colomba* con una brillantez orquestal que á veces—y tén-gase el reparo únicamente en su justo valor—puede resultar excesiva; hay en muchas páginas de la partitura de *Colomba* plétera de instrumentación: Vives utiliza constantemente, durante páginas, todos los instrumentos; todos cantan á una vez la venganza, y con eso, indudablemente, busca el maestro que esa pasión, como antes digo, lo llene todo; pero quizás no le hubiera sido difícil lograr el mismo resultado con menos abundancia de sonidos, lo que hubiera hecho aún más fácil al público apoderarse desde el primer momento de todas las ideas en la partitura encerradas.

No se crea, sin embargo, que la obra del maestro Vives resulta intrincada, laberíntica, incomprensible; nada de eso.

Vives no ha podido, claro es, sustraerse á la idea de que componía una ópera, y Vives, además, es un compositor moderno que, en posesión de una técnica sabia y de elementos orquestales—de que tantas veces careció—para hacer uso de ella, por fuerza había de utilizarla; pero ha sabido hacerlo con pulso y medida, y su obra tiene más sencillez, mayor claridad que otras, que casi todas las nacidas en iguales condiciones. Claro es que Vives puede aún hacer mucho más en ese sentido, y que haciéndolo dará la medida exacta de su talento y la silueta bien definida de su personalidad artística; pero por el momento, y en su primer ensayo en un género, ha hecho bastante: pedir á un músico que por primera vez escribe para las voces, y sobre todo para las masas del Real, la sencillez clásica, sería tanto como pedir á un pintor por primera vez en posesión de la paleta que redujese al minimum el número de colores, ó á un terapeuta incipiente que curase como los maestros todos los males con media docena de ingredientes.

En *Colomba* hay, además, páginas sobrias, que pintan admirablemente el ambiente campesino; tales son las del comienzo de la obra, muy acertadas de tonos y de matices, y que bastan para hacer comprender que cuando el maestro elige otros rumbos es porque le guía otro propósito, porque es otro el ambiente que quiere pintar.

El autor de *Colomba* pinta muy recia-mente la figura de su protagonista en el momento en que ella sale á escena; la intensidad dramática del personaje no puede decaer después, y esto explica por qué la partitura, sin más episodios que la bella canción de la alegría y el coro de viejos del acto segundo, tiene constantemente tan recia sonoridad.

Tratando ahora de señalar, aunque sólo fuese en lista, las páginas de la partitura que merecen mención, tendríamos



que escribir un índice completo: en todas hay algo que aplaudir, aunque el aplauso no pueda tener para todas igual calor.

Las escenas iniciales ya mencionadas, la desalida de Colomba y el dúo de tiple y tenor y el brioso final, en el acto primero. La balada de la encina—sobre todo—, la escena de la bruja, el coro de viejos y el canto á la alegría, con bailable, que fué repetido, en el segundo, son las páginas de mayor relieve; pero apenas si en la obra hay más, y ellas encierran casi toda la partitura.

Un minucioso análisis técnico de la ópera no cabe aquí, y requeriría más amplios desarrollos. Baste, pues, lo dicho como información periodística, sin pretensiones de crítica, que pediría más amplitud y solidez de argumentación. Si algo conviene añadir es que la ópera logró un magnífico éxito, que fué repetido el bailable, y lo hubiese sido algún otro número sin las impacencias de algunos intransigentes que, por lo visto, tenían prisa, y que el maestro Vives salió á escena multitud de veces durante la representación y al final de ella: en suma, que logró un grande y merecido triunfo, precursor de otros más grandes aún seguramente.

De los intérpretes de la ópera, todos muy aplaudidos, merecen mención especial los extranjeros: la Srta. D'Albert, Fazzini y Cigada, que, además de cantar muy bien, lo hicieron con mucho cariño. Cigada motivó los primeros aplausos. La Srta. Hernández, Feruria, Cabello, del Pozo, y, en suma, todos los intérpretes de *Colomba*, incluyendo á las masas, y poniendo en preeminente lugar al maestro Villa, tuvieron una noche de acierto, y la ópera de Vives es, ó mucho me equivoco, algo más que un paso hacia la implantación definitiva de la ópera española.

Nunca, pues, pudo tener mejor empleo la repetida frase: «¡horabuena á todos!».

Alejandro MIQUIS

La música, de Vives es vigorosa, llena de color, rica de matices y de técnica indiscutible.

—¿Entonces ha hecho una ópera maravillosa y absolutamente perfecta?—me dirá el lector que atento á estos renglones, y sin haber asistido á la representación, trate de formar juicio sobre la nueva producción del autor de «Bohemios».

—No, amigo lector; Vives no ha podido prescindir de la preocupación de que su ópera iba á estrenarse en el Teatro Real, y no ha sido todo lo espontáneo que yo le hubiera querido. Se ha dejado llevar por la suposición de que para triunfar sobre aquel escenario hay que ponerse serio, muy serio, y olvidando que aun vive fresco y lozano «El barbero de Sevilla», se ha entonado demasiado, y ha perdido en frescura de ideas y lozanía de motivos lo que ha querido ganar para ponerse á tono con el ambiente. Yo estoy seguro que el maestro Vives se ha visto solicitado por multitud de melodías, que ha rechazado lejos de sí por creerlas triviales y de poco fuste para la obra que intentaba. Vayan, como testigos de mis afirmaciones, los números que mayores aplausos conquistaron anoche. La canción y bailables del segundo acto y el coro de viejos que sigue. Lo primero fué repetido, y lo segundo, franca y estrepitosamente aplaudido. ¿No es esto la mejor demostración de que á melodía espontánea y fácil no hay público que se resista? No siempre la acumulación de grandes sonoridades, arrancadas á la orquesta á fuerza de paciente labor, es el mejor camino para el éxito, pues si bien por un momento puede uno mostrarse sorprendido por una sensación puramente acústica, es lo cierto que inmediatamente viene la reflexión, y con ella el análisis de lo que acaba de escucharse, y si esto no produce en los sentimientos afines á la música el efecto deseado, la reacción es más poderosa y definitiva.

El maestro Vives, con alientos poderosos para las más altas empresas musicales que puedan intentarse, y yo me complazco en reconocerlo y proclamarlo del modo más solemne, ha juzgado conveniente hacer lo que ya dejo apuntado, que si bien debe satisfacerle, porque da gallarda muestra de que su dominio del difícil arte es completo, no nos ocurre lo propio á los que nos hemos deleitado con tantos temas desarrollados por él en otras obras.

¿Está esto claro?, como dice Maura. Yo hubiese querido más frescura, más espontaneidad, más melodía, más frases cantables, á su exuberancia de técnica y de seriedad.

Hay en «Colomba» pasajes admirables y dignos de la mayor estima.

El segundo es superior al primero, si bien en él—y Vives me perdone si de mi pluma brotan frases de ruda franqueza—aparecen á veces reminiscencias de frases musicales que otras veces recibieran distintos autores. ¿Es esto hecho con propósito preconcebido? Seguro estoy de que no, pues admiro demasiado á Vives para creerle un rebuscador de la inspiración ajena; es, sencillamente, defecto de lo que dejo apuntado: de haber pensado demasiado en las óperas y de que teme escribir precisamente otra que pudiera colocarse al nivel de aquélla.

Hay en «Colomba» un ambiente dramático y fiero que apasiona, mezclado con notas francas y alegres, eminentemente populares. La frase musical es siempre amplia, caliente y decisiva; la instrumentación, rica y sonora; los procedimientos, nuevos, y la medida de sus piezas, justa. «Colomba» es, á juicio mío, ópera que debe salir de España, correr mundo y abrirse paso triunfal á través de otras muchas que valen bastante menos.

X, sin embargo, ¡si Vives hubiera querido

REAL

Estreno de "Colomba,"

¿Sabrán hacer operetas?

Volvió á demostrarse anoche.

Saben nuestros compositores escribir óperas, y de antiguo no se ignora que también escriben zarzuelas grandes y chicas, piezas de concierto, quintetos, cuartetos, sonatas y cantatas.



López-Ballesteros.

Los que todo esto saben, ignorarán el modo de hacer una opereta?

Afirmo que no, y así expongo el voto mío, resueltamente opuesto á que sigan abiertas las fronteras á compositores menos que mediocres del Extranjero porque tuvieron acierto en la melodía de un vals.

Téngase presente que nuestros músicos también conocen el procedimiento para escribir valeses, y muy bonitos.

Doblemos, pues, la hoja y no se trate más del asunto.

Habla Vives.

Tuve ocasión de interrogar á Vives antes de alzar el telón para la primera de *Colomba*, y al preguntar ¿por qué escribió usted *Colomba*?, quedó entablado el siguiente diálogo:

V.—Verá usted. Yo había estrenado dos óperas de grandes dimensiones, y como tuvieron un éxito extraordinario al principio, me hice muchas ilusiones respecto á la posibilidad de representarlas en teatros de más importancia y con mejores elementos. Pasaron los años, y *Artus* y *Euda d'Uriach* continuaban durmiendo el sueño de los justos. En

vista de esto pensé que quizás una obra más corta y de menos dificultades de conjunto, y sobre todo más barata de decorado y trajes, podría quizás ser más fácilmente representada, y por eso escribí *Colomba*.

—¿Y por qué escogió usted este asunto y no otro?

V.—Yo no conocía la novela de Merimée; pero al dármele á conocer los señores Ballesteros y Fernández Shaw, creí que precisamente reunía las condiciones á propósito para realizar el deseo indicado antes.

—¿Cuánto tiempo ha trabajado usted en ella?

V.—No lo sé fijamente. El primer acto fué empezado hará cuatro ó cinco años. El segundo está escrito durante el último mes de Agosto.

—¿Qué cualidades encuentra usted en su obra?

V.—Yo no lo sé; pero á mí se me figura que responde completamente al espíritu del asunto.

—¿Se ha musicado alguna vez este asunto?

V.—Sí, señor. Gounod escribió una obra con el mismo título y asunto, y recientemente un compositor francés, cuyo nombre no recuerdo, ha vuelto á musicarlo.

—Y aparte las cualidades dramáticas de su obra, ¿qué cualidades puramente musicales cree usted que hay en ella?

V.—En mi opinión, yo no podré nunca sustraerme á los dos elementos que han formado mi educación é integrado mi espíritu, que son el clásico y el popular, y esos dos sentidos creo que están en *Colomba*, como en todas mis obras.

—¿Cuál es la cualidad que prefiere usted en una obra musical?

V.—La unidad de estilo.

—¿La ha conseguido usted en esta obra?

V.—No lo sé; pero tras ella voy con todo empeño. Mas conviene observar que ninguna obra, al principio, parece que tenga esta cualidad y casi ningún compositor se ha librado de la acusación de plagio. Sobre este punto se podría hablar mucho.

—¿Ha procurado usted dar á la obra color local?

V.—Para mí eso del color local es algo que carece de sentido. Yo creo que lo que debe tener una obra es color ideal. Cada asunto tiene su fisonomía, y la misión del músico consiste en revelarla á los demás, creando alrededor de un asunto una fisonomía particular, según su temperamento, nacionalidad, etc., etcétera. El *Don Juan*, de Mozart, no tiene color local, y es una obra maravillosa. Tampoco lo tiene el *Porcival*, ni *Carmen* lo tiene, ni *El barbero*, ni el *Guillermo Tell*, ni otras muchas. El localismo es una cosa un poco ridícula, que ha tenido su momento de moda; pero que casi no ha cuajado en ninguna obra. También este es un tema muy extenso. Sin embargo, todas las obras citadas tienen su color ideal, nacido de la entraña misma del asunto y del temperamento particular del compositor. Si yo hubiera conseguido algo de esto me daría por satisfecho.

—¿Qué momentos considera usted más interesantes en *Colomba*?

V.—A mí lo que me parece más realizado es, en general, el principio de la obra, la escena del primer acto de *Colomba*, con sus enemigos; la narración que hace Orso Antón á *Colomba* de las guerras napoleónicas, y, en general, todo el segundo acto.

—Y en la orquestación, ¿ha seguido usted algún modelo?

V.—Yo creo que la Música sólo se puede orquestar de una manera. Así como las cosas tienen un color particular, las melodías tienen también su timbre particular, obligado. La encarnación de una melodía á un timbre es inmediata en la mente del compositor. Así la orquestación de una obra nace naturalmente del propio carácter de la Música.

—Lo que le pregunto á usted es si ha seguido la manera wagneriana en la orquesta.

V.—La manera wagneriana, basada principalmente en nuevas agrupaciones de instrumentos y una perfecta homogeneidad de sono-



Fernández Shaw.

ridades, ha dejado de ser wagneriana, y hoy es internacional. Todos los compositores del mundo instrumentan así. Podría enumerar ciertas particularidades de los franceses, que, en general, son los que mejor tratan la orquesta en el mundo; pero eso nos llevaría demasiado lejos.

—¿Qué es lo que con más ahínco desearía usted conseguir con el estreno de *Colomba*?

V.—Claro es que lo que más deseo es que tenga éxito, pues en este momento yo no soy yo. Tenemos los compositores españoles tan poco arraigo en la opinión en este terreno, que de no gustar *Colomba* se afirmarían en la idea de que no podemos cultivar este género de obras. A mi lado hay muchos jóvenes de gran talento, Manrique de Lara, Conrado de Campo, Pérez Casas, Arregui, Villar, José Serrano y otros que no recuerdo. Entre mis paisanos están Granados, Morera, Gibert y otros. Todos aspiran a llegar; todos trabajan; algunos de ellos son compositores de extraordinario mérito, y cada obra que se hunde es un día ó un año que se pierde para todos. El año pasado, el gran don Ruperto nos con



Vives.

quisió á todos una posici6n; mi mayor deseo es que no la perdamos este a6o.

Decimos nosotros.

Amadeo Vives es un artista de temperamento lírico en el fondo, y que á veces se reviste de un fino humorismo en su obra musical, prestándola un corte ingenuo y fácil y matices picantes; por los que reviste novedad y despierta interés.

El campo en que Vives podrá siempre desenvolverse con mayor amplitud y seguridad del triunfo es en el teatro, y en el género de opereta principalmente, por los aspectos de lirismo y humorismo que su arte ofrece.

Al abordar la escena del Real, Vives lo hace con una obra que no ostenta grandes dimensiones ni es de muy profunda intensidad el asunto, cuya acci6n se desenvuelve entre pasiones humanas bien definidas dramáticamente, dentro de un marco local, en que el pueblo corso, medioeval y romántico, interviene con sus cantos y danzas de modo pintoresco.

Nada es en este asunto profundo y complejo, ni exige al músico reconcentrarse muy hondamente, someter el espíritu á meditaciones penetrantes ni buscar formas amplias en que moldear escenas de gran elevaci6n ideal.

El drama en *Colomba* muéstrase muy acusado y definido fuertemente.

Basta al músico con instinto dramático fino y experiencia teatral guiarse de la acci6n á ir la acentuando llanamente con el vigor expresivo de la melodía.

Y así hizo Vives en *Colomba* con la partitura, acertadísima en el constante comentario de la acci6n, hábil de contrastes, variada de carácter y orquestada con brío y calor.

Se sigue la obra musical, y si tal vez no logra arrebatarnos hacia regiones de alta emoci6n, despertando la inquietud y el raro encanto de lo sublime, tampoco, en cambio, fatiga con vulgaridades ni aturde con estrepitosos efectismos, que suelen emplear algunos compositores para deslumbramiento del público..., *pour épater le bourgeois*, como dicen aliende el Pirineo.

La ópera española, que ahora se anuncia con fuerza y entusiasmo, puede estar satisfecha de que una obra como *Colomba* aparezca en sus albores mostrando sana orientaci6n y vigor juvenil.

No diré que en *Colomba* haya definido Vives su personalidad ni concretado el estilo

pero téngase bien presente que el maestro ilustre, como todos los españoles compositores, lucha con la borrosa tradici6n lírico-dramática en España y con la falta de precursores que ofrezcan cimiento firme y punto de partida.

Están hoy los músicos para grandes empresas de ópera en el período inicial, ensayando la fuerza, y no se puede pedir que en su obra aparezca la firmeza de constituci6n que ofrecen las partituras alemanas, fruto de una evoluci6n colosal y de una actividad gloriosa, ni aun la de los franceses, que nacen al calor de un ambiente de cultura y principalmente de una protecci6n general que aquí no poseemos.

Páginas hay en *Colomba* que merecen elogios calurosos y son la afirmaci6n del talento de Vives.

En escenas de sabor popular, como las primeras de los dos actos; un dúo de amor, apasionado, rico de matices; la preciosísima *canci6n de la alegría*, sobre cuyo ritmo se desenvuelve un original y pintoresco baile; el coro de los viejecitos; el admirable tercer acto de la bruja Corneja y los Barrachini, *pesado* sombrío que despierta impresi6n dramática; la hermosa escena de conjunto entre *Colomba* y el coro, de bella serenidad en el comienzo, hasta transformarse en el fiero canto de *vendetta*, son páginas musicales que poseen de relieve la inspiraci6n del maestro y en las que resplandece el talento del orquestador sabio y del exquisito melodista.

El libro.

Del asunto ya tienen noticia nuestros lectores. Perfectamente desarrollado por López-Ballesteros y Fernández Shaw, las fastuosas galas literarias con que han vestido su obra

difícilmente pueden apreciarse, por la dificultad con que la palabra llega al público en las obras musicales, y ciertamente no por culpa de los cantantes italianos, según luego haremos constar en justicia.

López-Ballesteros y Shaw aceptaron la idea de la novela de Merimée; pero poco lebe su trabajo al del novelista francés, y la mejor fortuna les acompañó en la tarea de libretistas.

La representación.

En primer término dedicaré una manifestación de vivísimo elogio á todos los profesores de la orquesta, que tocaron con maestría y entusiasmo, cual si cada uno defendiese su propia obra. Y como es natural, en la manifestación está comprendido el maestro Villa, que merecidamente fué llamado al prosenio.

¿Cómo demostrar á los artistas italianos el agrado con que vimos su trabajo admirable, su convencimiento, el interés por la obra, el cariño y la brillantez con que vencieron las dificultades del idioma?...

Ya veremos; pero hoy quiero obsequiar á las Sras. D'Albert y Perini y á los Sres. Fazzini y Cigada con un vibrante ¡viva Italia!

Pasión, brío, derroche de facultades puso en juego la D'Albert en el rudísimo empeño de representar el personaje, en que también lució su arrogante y elegantísima figura.

La Perini estuvo admirable en la Corneja. Fazzini, con voz poderosa y entregado en absoluto al desempeño de su parte como cantante.

Cigada, brillantísimo de facultades.

Para los cuatro artistas italianos fué la jornada victoriosa, y hoy añadimos un aplauso á los muchos que anoche escucharon entre innumerables salidas á escena.

Muy bien las Sras. Manso, la gentil Marini y Barea.

Serna resultó triunfador, repitiendo la canción de la alegría.

Los Sres. Cabello, en primer término; Foruria, del Pozo y Fuster contribuyeron al excelente conjunto.

La escena.

Admirablemente dirigida por Luis París y luciendo dos hermosísimas decoraciones de Amalio.

El cuadro, siempre afortunado de composición, y las niñas del baile, siempre bonitas y disciplinadas.

Los aplausos.

Comenzaron estruendosos al final del acto primero, con varias llamadas á Vives.

En el acto segundo, desde el principio se iniciaron, repitiéndose la canción de la alegría y el bailable, resonando estruendosos en el coro de los viejos, en la escena de Colomba, y al final una ovación entusiasta hizo aparecer muchas veces ante el público al maestro Vives.

Fernández Shaw y López-Ballesteros también fueron llamados con insistencia, negándose modestamente á salir de las cajas.

Fuó, pues, de éxito franco para los autores y los intérpretes el estreno de *Colomba*. Enhorabuena á todos.

S.-A.

"España Nueva"

COSAS DEL REAL

La "Colomba", de Vives

El estreno.—El libro.—La parfilura.—
La interpretación

III

Hemos dado el segundo avance en la peliaguda obra de instaurar el Teatro lírico español, del que tanto y tanto se ha hablado y escrito, ora en pro, ora en contra, y del que seguramente habrá mucho que decir todavía. Aseguran que empezar una cosa es tenerla medio concluida. Los músicos españoles han comenzado a levantar el edificio de la ópera nacional; hay que suponer que no cejarán en su empeño y que su labor se verá coronada de un éxito definitivo.

La «Colomba», de Vives, como la «Margarita», de Chapí, es una obra de la que se venía hablando desde hace mucho tiempo. Por fin, anoche, se estrenó en el Real, y hay que reconocer que el público la recibió con cariño, con inequívocas muestras de aprobación, como lo demuestra el hecho de que el maestro fuese llamado a escena varias veces a la conclusión del primer acto, durante el segundo y al final de la ópera.

Voy a dar una idea de la impresión que ésta me produjo.

*

No he de exponer el argumento de «Colomba», porque ayer publiqué un extracto del libro, y aunque mi información fué brevísima, porque la abundancia de original así lo exigía, creo que no omití detalle alguno interesante.

La idea madre de la obra de Merimée, de donde arranca el libro de «Colomba», es la de la influencia decisiva que el ambiente social que nos circunda ejerce sobre nuestras acciones. Es lo cierto, y así lo he leído en libros de filósofos y lo he comprobado en la realidad, que ese elemento conservador encarnado en la sociedad en que vivimos pugna contra el elemento progresivo, representado por el individuo, llegando a sofocar ó a torcer nuestra personal iniciativa. El qué dirán, que a veces es un acicate que nos estimula a refrenar bajas pasiones, es con frecuencia salvaguardia de arcaicas rutinas y dique opuesto al avance de ideas benéficas... Pero dejemos a un lado filosofías vulgares y hablemos de las condiciones líricas del libro de «Colomba».

El argumento de ésta, tal como lo han desarrollado Fernández Shaw y López Ballesteros, no deja de revestir interés y de ofrecer situaciones de poderosa fuerza emotiva. La acción entera pesa sobre los hombros de «Colomba», mezcla heterogénea de salvaje fiereza y de delicada ternura, de poesía, de amor, de odio brutal. Al lado de esta figura, todos los demás tipos de la ópera parecen insignificantes. El mismo «Ors'Antón» es un abúlico, que si al regresar de sus expediciones por Europa parece animado por sentimientos de paz y de perdón, no tarda en doblegarse al empuje de las insinuaciones de su amada. Los dos personajes que acabo de citar son los únicos de primera magnitud y los mejor caracterizados de la ópera.

A mi entender, el cuadro más teatral es el segundo. En el primero se han limitado los autores a exponer los antecedentes de la acción, y justo es consignar que se han olvidado a ratos de la concisión que las condiciones del drama lírico reclaman.

Un libreto de ópera es, á mi juicio, más difícil de hacer que una comedia ó una zarzuela. La dificultad arranca precisamente de que los personajes deben bosquejarse con un solo rasgo, firme y expresivo; deben darse á conocer por sus actos y no por relaciones prolijas, que no sirven más que para debilitar el interés y entorpecer la acción del músico.

Aparte la ligera languidez del primer acto, el libro de «Colomba» reúne las condiciones adecuadas para que el compositor luzca su talento.

*

En la ópera estrenada ayer, Vives ha demostrado que ama á la raza latina como buen meridional y que respeta las tradiciones de la misma, sin rechazar á carga cerrada las influencias que llegan á nosotros de la Europa del Norte.

Comienza la obra con un coro de campesinos, rico en colorido y en poesía. Después de este número lo que más me impresionó en el curso del primer acto fueron las vigorosas frases del himno á la venganza, que el compositor ha puesto en labios de «Colomba», frases sometidas á un ritmo brusco y seco, que á cada paso resuenan en el metal de la orquesta como presagio del trágico desenlace del drama. El «rimbecco», como oportunamente me indicó Vives hace pocos días, es el verdadero tema de la obra; sobre él gira y en él descansa. El canto de la protagonista es el hilo que engarza las diversas situaciones musicales de la ópera.

Recuerdo que otro número, que no valió en colocar entre los mejores de la obra por su estructura, es el terceto de «Vicentello», de su padre y de «Colomba». A este sigue una inspirada romanza de la protagonista y un dúo no menos melodioso que aquella, y rebosante de amorosos sentimientos.

El segundo acto empieza con una canción italiana y un bailable, que, saturado de esa poesía vigorosa de los cantares del pueblo, es una nota de color de seguro efecto. Tanto esa canción como el corito de viejos que le sigue, dechado de gracia y de naturalidad, es el fondo de tono alegre sobre el que ha de destacarse la sangrienta escena que sirve de remate al cuadro y á la ópera.

Al dirigirse á la iglesia el cortejo nupcial, seguido á poco de «Ors'Antón» y de «Chilina», se entra de lleno en la parte más emocionante de la obra. La «Corneja» y los «Barraccini» sostienen un terceto de extraordinario mérito, tanto por las frases que ha atribuido á los personajes el compositor como por la habilidad con que retrata en la orquesta el carácter de aquella bruja, único testigo del asesinato del padre de «Ors'Antón».

Regresan los novios de la iglesia, y «Colomba», la madrina, entona una hermosa balada, tiernamente sentida por el maestro, que contrasta con los violentos y

contundentes acordes del «rimbecco» que interrumpe el canto, cuando la protagonista, descubriendo á los «Barraccini» á la puerta de su casa, se encara con «Ors'Antón», excitándole á castigar á los asesinos de su padre.

La ópera de Vives es melódica hasta las cachas y se halla directamente emparentada con la tradición musical del Mediodía de Europa, sin que dejen de descubrirse en la partitura frecuentes huellas del espíritu germánico.

La orquesta ha sido manejada con verdadero gusto y con gran sobriedad; las melodiosas frases de los cantantes se deslizan diáfanas sobre el fondo de una instrumentación delicada y á la moderna.

Con los que Vives ha sido cruel ha sido con los cantantes, á los que ha obligado á hacer equilibrios por las alturas del pentagrama, á riesgo de que soltasen la campanilla envuelta en una nota aguda.

Conviene advertir que la brillantez de las frases y la naturaleza del asunto exigían que las voces se mantuvieran en la «tessitura» que les ha señalado el compositor.

Vives está de enhorabuena. Ayer alcanzó un éxito que seguramente le habrá satisfecho, por ambicioso que sea. El arte español se va abriendo paso.

★

La interpretación fué esmeradísima. La D'Albert y Fazzini, que llevaron el peso de la ópera, fueron ovacionados en varias ocasiones; Cigada («Brandolaccio»), Carbello («Vicentello»), Foruria («Barraccini») y la Perini («Corneja»), cantaron muy discretamente, y, finalmente, Serna hubo de repetir la canción italiana del segundo acto.

Para que nada faltase, Amalio Fernández ha pintado dos decoraciones hermosísimas, y la orquesta, dirigida por Villa, interpretó de un modo admirable el pensamiento de Vives.

Tales han sido las impresiones que me ha producido el estreno de «Colomba».

Pabillos

—

—

"El Mundo"

ESTRENO DE "COLOMBA"

LA ÓPERA Y SUS INTERPRETES

Un lindo cuento de simpático ambiente popular, de los Sres. López-Ballesteros y Fernández Shaw, ha servido al maestro Vives de argumento para su última ópera. La acción, aunque escasa, está hábilmente trazada y se desarrolla en una sucesión de escenas donde andan diestramente mezclados los elementos pasionales y pintorescos que forman el interesante drama.

El maestro Vives ha escrito una música digna de su reputación y de su historia. La melodía fluye sin tregua de un venero abundante, impregnada siempre de esa elegancia en la invención que constituye la característica del autor de *Bohemios*. En *Colomba* hay verdaderos aciertos, acaso los más inspirados y profundos que ha trazado la pluma de Vives. Todas las ideas poseen ese prestigio que sólo arranca de la emoción inicial con que fueron concebidas, y en todas ellas palpita el alma de un delicado temperamento de artista. Entre todas ellas, ninguna para mí tan afortunada y profunda como la que corresponde á la *balada* del acto segundo, tenuamente acompañada por la cuerda con sordina. La elegancia de los giros y la libertad con que están conducidos su movimiento, así como la delicadeza de la instrumentación, prestan á esta admirable página una belleza y un encanto infinitos.

No los tiene menores la escena de baile que da comienzo al acto segundo. Esta invención, graciosa y atractiva, creo que figuró ya en otra obra del notable compositor, y ha sido una verdadera fortuna que una feliz iniciativa la traiga ahora al ambiente favorable en que se ha de manifestar ante el público con todo su valor. La escena fué repetida entre grandes aplausos, algunos de los cuales mereció en justicia el señor Serna, que cantó la copla primorosamente.

Otro gran acierto, sin duda, está en la siniestra escena en que la bruja anuncia á los Barracini el peligro que les amenaza. La melodía tiene un colorido misterioso, que la hace á un propio tiempo expresiva y característica.

De igual modo podría seguir citando fragmentariamente la obra entera, en la cual no hay un solo instante en que el interés melódico é instrumental decaiga, como si el ilustre compositor quisiera demostrar la viveza de su imaginación y la facundia de su numen.

Séame, sin embargo, hacer una observación con el mayor respeto al artista y al amigo. En *Colomba* falta unidad de inspiración melódica. En ella, no sólo existen en un conjunto algo abigarrado los estilos más opuestos, sino que falta también esa magistral sobriedad en el número y en la calidad de los motivos, que convierten la ópera moderna en una gigantesca sinfonía, absolutamente compacta y homogénea en su trazado.

No comprendo cómo una mano tan diestra y segura como la del Sr. Vives ha podido complacerse en prescindir de los elementos formales en los cuales su alma de músico, formada en una tradición clásica que ahora tiene su credo acatado por todos en el arte wagneriano, debiera complacerse con imprescindible é íntimo deleite.

Y, sin embargo, lejos de buscar en *Colomba* esa fórmula moderna de arte que hace vivir el drama en la orquesta y le presta por ello una vida ideal, ha procurado solamente confiarlo al prestigio de la melodía, de igual modo que pudiéramos hallarlo en las óperas primitivas, si quiera en la ópera de Vives los procedimientos orquestales estén alimentados en una tendencia moderna.

Claro es que tal objeción constituye un punto de vista mío que el autor de *Colomba* pudo tener para nada en cuenta al concebir su obra. Yo pienso que todo artista, en cualquier momento de la historia, debe procurar, en sus obras, ser continuador del estilo que marca lo más avanzado y perfecto en aquel momento de arte, para para poder partir desde él hacia progresos futuros. De otro modo, se reproduce en el arte el mismo fenómeno que, en el campo de la ciencia, de-

termina el aferrarse á teorías desechadas por el criterio ambiente.

El número de los que aceptan la antigua fórmula, por más conocida, podrá ser mayor; pero no hay duda de que el que trabaja, con un criterio personal, dentro de la verdad, vence en definitiva y arrastra al mayor número.

Perdóneme el eminente autor de *Colomba* si estoy en un error. Mas á través de toda la admiración y la reverencia que su personalidad me inspira, me veo precisado á manifestar que el tecnicismo de su obra, en lo que se relaciona con el plan dramático, me parece arcaico y más dentro de la tradición italiana que de la germánica, en la cual y sólo en la cual sé yo hallar el ideal del drama lírico moderno.

Este juicio mío no fué, ciertamente, el del público. Antes bien, rendido ante la belleza indudable de la obra, aplaudió constantemente con gran entusiasmo, haciendo que el autor apareciese muchas veces en el proscenio rodeado de sus intérpretes.

Entre éstos brilló en primera línea la señora D'Albert, quien en un papel verdaderamente abrumador por la tensión dramática en que está concebido y la región del diapasón en que la voz aparece escrita, supo sobreponerse á todas las dificultades y vencerlas con admirable maestría y equilibrado talento.

En derredor de ella brillaron la señorita Perini, que dió intenso relieve á la única escena en que tomó parte, y los Sres. Fazzini, Cigada y Cabello, avalorando con su arte una ejecución perfecta.

La labor de la orquesta y de los coros merece grandes elogios, muchos de los cuales debe atribuirse el director Sr. Villa, que dió ayer nueva prueba de su maestría, por todos reconocida y admirada.

Para completar el espectáculo, antes de comenzar los dos actos de *Colomba*, fueron ejecutados los bailables del cuarto acto de *Hamlet*, en los cuales la señorita Miazzi mereció el honor, concedido pocas veces, de que la cortina se levantase para premiar su arte gracioso y atractivo.

MANUEL MANRIQUE DE LARA

y se hubiera presentado ante nosotros tal como es!...

El éxito fué grande y decisivo. Al final del primer acto salió repetidas veces á escena, y en el segundo lo hizo durante el transcurso del mismo y al final de la ópera.

Los libretistas no quisieron compartir los aplausos que sonaron, y modestamente se quedaron entre bastidores; pero conste que el público les habría visto con agrado.

La interpretación merece francos elogios. La Sra. D'Albert dió extraordinario relieve á su papel, cantando con gran fortuna, no obstante estar su particella llena de dificultad. Fué apasionada y fiera, como el papel requería, luciendo su voz preciosa y vibrante y viviendo por completo la figura de Colomba.

Muy bien Fazzini, la Srta. Hernández, el barítono Cigada, Cabello, Foruria y el tenor Serna, que repitió una bonita canción, dicha con sumo gusto.

Amalio Fernández mostró su arte en la decoración del segundo acto, admirable como suya, y Luis París demostró su pericia de hábil director escénico.

También merecen elogios los coros, el baile y la orquesta, sin olvidar al maestro Villa, que ha concertado y dirigido la ópera con sumo cuidado y su habilidad de siempre.

Quedamos, pues, en que fué un éxito, y en que el maestro Vives debe interpretar estos aplausos como señales de aliento para que prosiga por el camino emprendido. Con él y con otros habrá ópera nacional. ¡Y estoy seguro de que Vives es de los que más brillo y esplendor ha de proporcionarla!

A. R. BONNAT.

17-1-910

"El Imparcial"

TEATRO REAL

La segunda representación de «Colomba» ante el público severísimo de los segundos turnos, confirmó anoche plenamente el triunfo ganado en su estreno por la ópera de López-Ballesteros, Fernández Shaw y el maestro Vives.

Igual atención en toda la obra, el mismo interés en el desarrollo poético y trágico del poema, igual intenso deleite ante las bellezas musicales de la partitura é idénticas manifestaciones de admiración y aplauso en los dos actos, sintiéronse anoche.

Vives fué, como anteayer, llamado á escena innumerables veces y aplaudido hasta por los intérpretes de su ópera, entre los que, en los apresuramientos con que escribimos la crónica del estreno, quedáronse olvidados los nombres de las señoritas Perini y Hernández Manso y de los Sres. Cabello, Serna—el tenor del «Canto á la alegría», anoche también repetido y celebradísimo,—Foruria, Del Pozo y Fuster.

De la soberbia labor de cantantes y de actores de la señora D'Albert y del tenor Fazzini, nada nuevo hay que decir que no fuera repetir las exclamaciones de admiración, de gratitud y de entusiasmo de la primera noche.—M.

15- Enero -1910.

"Diario de Cádiz"

La ópera "Colomba"--Teatro Real

En el Teatro Real estrenóse la ópera en dos actos *Colomba*, letra de López Ballesteros y el gaditano Fernández Shaw, y música del maestro Vives.

El teatro estaba brillantísimo.

Asistieron literatos, músicos, artistas, la a o cracia y la familia real.

El Rey vestía uniforme de almirante.

La obra gustó.

El primer acto fué oído con atención, pareciendo el libro interesante.

En el segundo repitióse la canción de La alegría.

Al terminar alzóse el telón varias veces saliendo á recibir unánimes aplausos el maestro Vives.

También repitióse el número de los Viejos entre grandes aplausos.

Al final de la obra se escucharon grandes y nutridos aplausos, llamándose á escena á los autores.

Los de la letra declinaron el honor del éxito en el maestro Vives, que recogió la ovación.

La interpretación ha sido buena.

Considérase que se ha dado un buen arranque en el camino de la ópera y literatura española.

La partitura es sencilla y en algunas partes inspiradísima.

El Siglo XX.

18 de Enero 1910.

Del teatro Real.**"Colomba,"**

MUSICA DE VIVES

Létra de López Ballesteros y Fernández Shaw

Vistióse de gala la Sala del Real, sin decir nadie que había de tener tal carácter la función del sábado; los Reyes é Infantes ocuparon sus puestos para realzar con su presencia el estreno de una obra española; el Gobierno de S. M. tuvo nutrida representación; la aristocracia de la sangre del talento y del dinero la dió aspecto de gran fiesta, y la clase media y pueblo adquirió cuantas localidades pudo encontrar, demostrando la sociedad madrileña, desde el Rey hasta el más modesto ciudadano, saber honrar á sus escritores y artistas, alentándoles en sus trabajos y premiándoles su valer y sus méritos. Se respiraba en el ambiente la ansiedad por conocer la producción de un maestro apreciado por nuestro público, aplaudido en obras de no tan gran empeño, pero en las que dejó demostrado ser un inspirado rítmico en la armonía y un buen colorista en el instrumental, cual acontece en «Bohemios», y fundábanse por unas esperanzas, otros formulaban prematuros juicios, no faltando algunos, pocos en verdad, que sosténían la triste idea de que los maestros españoles sólo podrán escribir zarzuelas buenas, pero no óperas; como si aquel nombre, protestado mil veces por el insigne autor de «Marina» y «San Franco de Sena», no fuera inadecuado para las hermosas obras del repertorio español que se titularon «Los Diamantes de la Corona», «El Juramento», «Jugar con fuego», «La Tempestad» y tantas otras como la rica inspiración española regocijara á nuestros padres y fueran sentidas y admiradas por sus lujos.

Unos y otros hubieron de convencerse que una nueva ópera honra el arte lírico español, en la que su autor recibió la confirmación de gran maestro, pudiendo afirmarse que si revela alguna inexperiencia no es obstáculo para que supere en varias de sus partes á otras aplaudidas del extranjero, traspase Colomba las fronteras y tienda sus alas allende el Occéano. ¡Si no, al tiempo, gran maestro de verdades! Y la esperanza de que la edad del maestro ha de permitir dar nuevas producciones, que serán siempre en loor de su buen nombre y en el de su Patria.

Es el primer acto de exposición y nudo dramático. Tras de un breve prelude, dulce y apacible como cuadra á su patriarcal primera escena, en que el himno al trabajo truecáse inmediatamente, cual requiere la acción, en viriles frases de Brandolaccio, que canta alegre la independendencia, y en las vigorosas notas que revelan en Colomba el odio y venganza á los asesinos de su padre y amor para el vengador, acompañados los primeros de los sentimientos de un pueblo que queda sorprendido cuando regresa Ors con deseos de paz y olvido para los culpables, y aquella mujer unida á su pueblo anima y precipita á que cumpla lo que cree un deber de vindicación. El maestro se acomodó admirablemente al libretista, y dibujó

con firme mano los caracteres; dió brillantéz extraordinaria y marcada á la melodía, y en algunas ocasiones, como en la del dúo, tal vez se excediera en dimensiones, pero el principal defecto que encontramos fué el haber tratado las voces con rigor extraordinario, debido, sin duda, á estimar que en las notas elevadas hay más esplendor para el conjunto; mas debe reflexionar el maestro que el cantante se fatiga, y esto dificulta la ejecución de las obras, por ser menor el número de los que se comprometen á cantarlas.

El segundo acto empieza admirablemente, repitiéndose el lindo *canto de la alegría*; hubiera querido el público se visara el original coro de viejecitas y viejecitos y aún el grandioso terceto de la Corneja y los Barraccini, pero era abusar de los artistas é interrumpir la acción dramática que se desenvuelve inmediatamente en la magistral escena de «Columbia» y el pueblo en que termina con la canción de venganza llena de brío, de entusiasmo y de inspiración, superando, si cabe, este acto al primero.

Una estruendosa ovación para el maestro Vives, para el director de orquesta, para los artistas que entusiasmados batían palmas en honor del autor, infinitas salidas á escena premió la labor de todos, y por ser tan merecida como espontánea, fué verdadera y llena de sinceridad, y si la obra mereció estos justos honores, no olvidar que si aquellos son el alma estos la dieron vida, calor y entusiasmo.

La Sra. D'Albert, protagonista que no tendrá imitación, estudió con gran cariño el personaje hasta en sus más nimios detalles, expresó con valentía, tuvo acentos de vigor extraordinario y le realzó con su ideal figura; la Sra. Perini fué una vieja-bruja admirable, su voz se transformaba, se elevaba y descendía con sin igual afinación, á pesar de las dificultades de su breve trabajo.

Fazzini, demostrando ser un buen tenor, cantó con el gusto de siempre, estuvo á la altura que esperábamos, á pesar de la difícil tesitura de la obra; Cigada hizo alarde de su gran voz y maestría.

Bien la Srta. Hernández, acertadísimo Serna, que cantó afinada y dulcemente la canción de la alegría, que fué repetida, y coadyuvaron al buen conjunto las señoritas Manso, Marina y Barea, y los Sres. Cabello, Fururia, Pozo y Fúster.

Seguramente el autor abrazaría al reconocido Ricardo Villá, que puso todo su estudio y saber (que es mucho) para el éxito de la obra, á Luis París que dirigió como él solo sabe hacerlo la composición escénica, y para el insigne Amalio Fernández que pintó la hermosa decoración del segundo acto.

Y no concluiré estos renglones sin tributar un aplauso sincero á los autores del libro que tiene inspirado verso y sirve admirablemente á su finalidad.

José Navarro y Enciso.

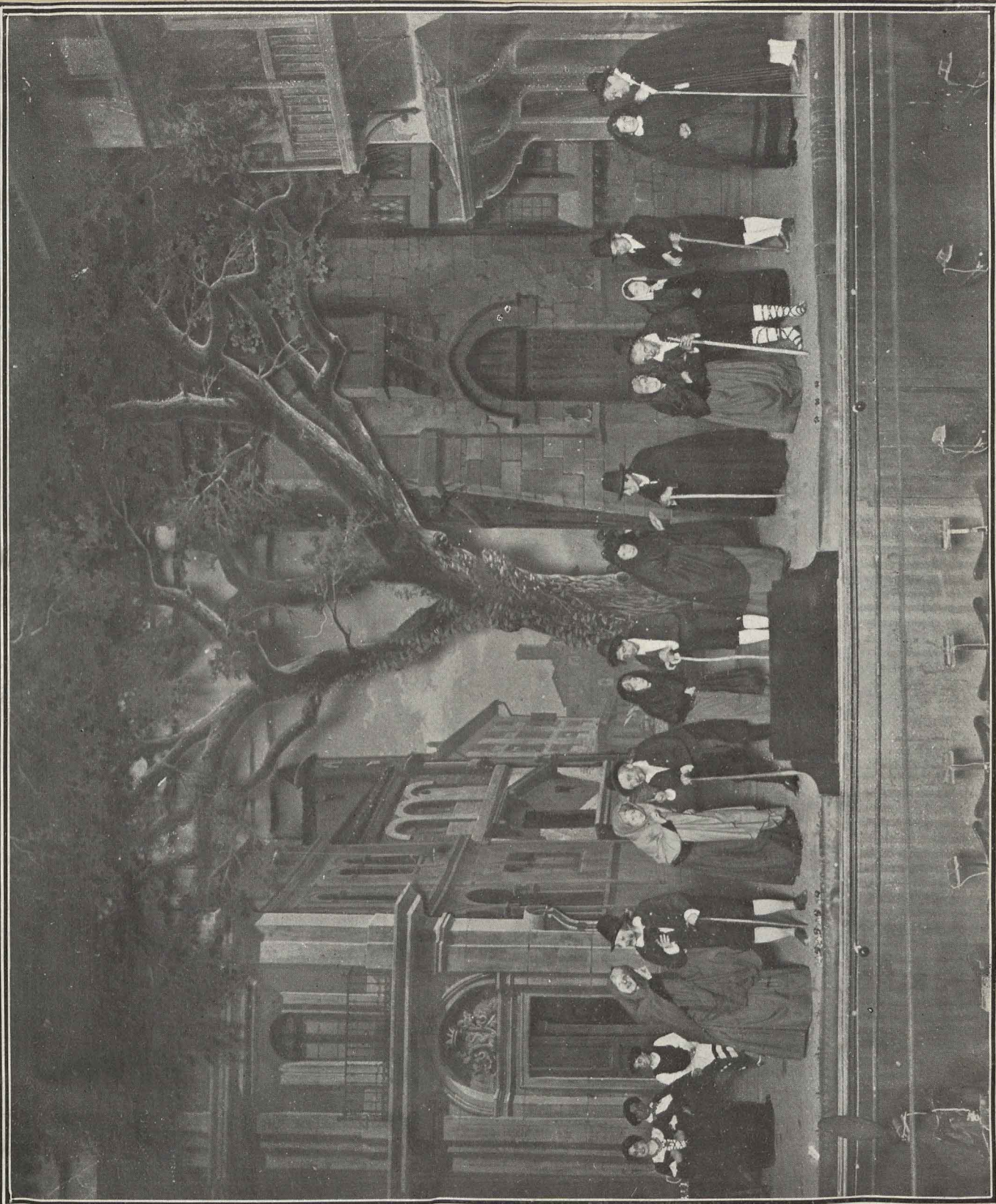
ESTRENO DE "COLOMBA" EN EL REAL



Escena de los bailables y "Canción de la alegría" de la ópera "Colomba", libro de los Sres. Fernández Shaw y López Ballesteros, música del maestro Vives, estrenada con gran éxito en el Teatro Real la noche del 15 del actual

FOT. NUEVO MUNDO, POR VILASECA

Nuevo Mundo
20 Enero 1910.



Uno de los pasajes más aplaudidos de la obra. El coro de viejos del segundo acto.

Otra tentativa feliz en pro de la ópera española ha sido el estreno, en el teatro Real de esta corte, de la ópera *Colomba*, música del maestro Vives y letra de los señores Fernández Shaw y López Ballesteros.

Anunciado el estreno en el cartel de abono y esperado impacientemente por el público, se verificó el sábado último con toda solemnidad,

asistiendo al espectáculo la familia Real, el Gobierno casi en pleno y un público distinguido y tan numeroso que llenaba todas las localidades.

Fueron aplaudidos casi todos los números de la partitura,

muchos de ellos con entusiasmo y algunos hasta el extremo de obligar á su repetición. Salieron á escena repetidas veces los autores, y con ellos, llamados por el público, los intérpretes.

Dirigió, con su pericia extraordinaria, el maestro Villa y hubo decoración nueva de don Amalio Fernández, que también gustó mucho.

EL ESTRENO DE "COLOMBA"

Un nuevo paso en pro de la ópera nacional y netamente española, y un nuevo triunfo de nuestro arte lírico. En la anterior temporada, *Margarita la Tornera*, del llorado Chapí; en la actual, *Colomba*, del inspirado Vives, y en el porvenir, otras, muchas más, hasta que la existencia de la ópera española sea un hecho real, tangible, no una de las



El maestro Vives

diversas ilusiones de los que soñamos con el engrandecimiento patrio.

El éxito obtenido por Chapí y Vives en la alta cumbre del coliseo de la plaza de Oriente, y la acogida que público y empresarios han dispensado á sus obras, deben servir de acicate á los compositores que tienen bien probado que para su inspiración, rica y lozana, no ofrece dificultades la empresa de dotar al arte musical español de producciones que, al par que eviten se escapen al extranjero torrentes de oro, en pago de derechos de representación, lleven á cabo la creación sólida y eterna de la ópera española.

La prueba está hecha y sus resultados son por demás halagüeños.

Hablemos de *Colomba*.

López Ballesteros y el exquisito poeta Fernández Shaw, inspirándose en un pasaje de una famosa novela de Próspero Mérimée, han escrito un libro interesante, trágico y bello, en el que, además de retratar fielmente uno de los rasgos más característicos



López Ballesteros

del pueblo corso, trazan con hermosos y enérgicos rasgos la figura de una mujer, *Colomba*, la protagonista, en la que parecen personificarse el carácter y las pasiones de su raza.

La acción transcurre en Pietranera, aldea de Córcega. El coronel Antoni fue asesinado por la familia Barnaccini, á consecuencia de lo cual separábalas un odio á muerte que hacía inevitable la criminal y odiosa *vendetta*. El coronel Antoni dejó un hijo, Ors, quien entusiasmado con las glorias de su compatriota Bonaparte, abandonó la aldea para unirse á sus ejércitos. Vencido y prisionero Napoleón, Ors regresa á su aldea, deseoso de paz y ventura, y sin pensar en la *vendetta*; porque ni moral ni materialmente está probado que fueran los Barnaccini los que asesinaron á su padre. Este modo de pensar de Ors indigna á todo el pueblo, y le incita á la venganza.

A la cabeza de los que piden la *vendetta* está Colomba, una huérfana que la familia Antoni había recogido y educado, y la cual, al escuchar de los propios labios de Ors, que rechaza la idea de venganza, apostrofa á éste y se aleja de él diciéndole que renuncie á su amor y que le devuelve la promesa de casamiento que la había hecho.



Fernández Shaw

En el segundo acto, cuando todo el pueblo celebra la boda de Lucía y Pablo, que acaba de efectuarse, Colomba canta una balada que termina con el *rimbecco*, el canto de guerra corso que anima á la *vendetta*.

Entonces Ors, influido por el canto de Colomba, poco á poco siente surgir en él las dormidas pasiones corsas, terminando por desafiar á Vicentello Barnaccini para vengar la muerte de su padre. Luchan los representantes de las dos familias, y Vicentello cae muerto por el cuchillo de Ors.

La *vendetta* queda triunfante.

Si decimos que la partitura es muy superior al libro, no diremos más que la verdad, porque así es, en efecto. En toda ella se mantiene Vives á la altura de su fama, y ni por un momento deja de mostrársenos el compositor de grandes vuelos, de exquisita y original inspiración, el técnico de envidiables conocimientos y honrados recursos.

La canción de Colomba, del primer acto, el dúo cantado por ésta y Ors, la canción del pastor, el coro de viejos y la balada á que antes hemos aludido, son páginas musicales que no desdeñarían firmarlas los más famosos maestros.

La interpretación, exceptuando la señora D'Albert (Colomba) y el tenor Fazzini (Ors) estuvo encomendada á segundas partes, razón por la que en ella sólo abundaron los buenos deseos. En general fue bastante deficiente.

Julio Abril.

ESTRENO DE "COLOMBA,, EN EL TEATRO REAL



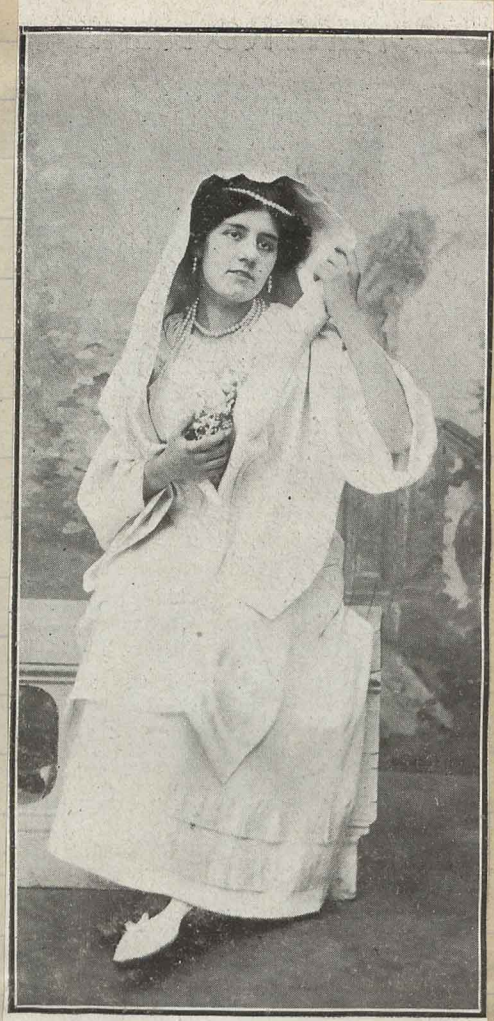
Escena final de la ópera. Sra. D'Albert y Sr. Fazzini

Fot. Calvache

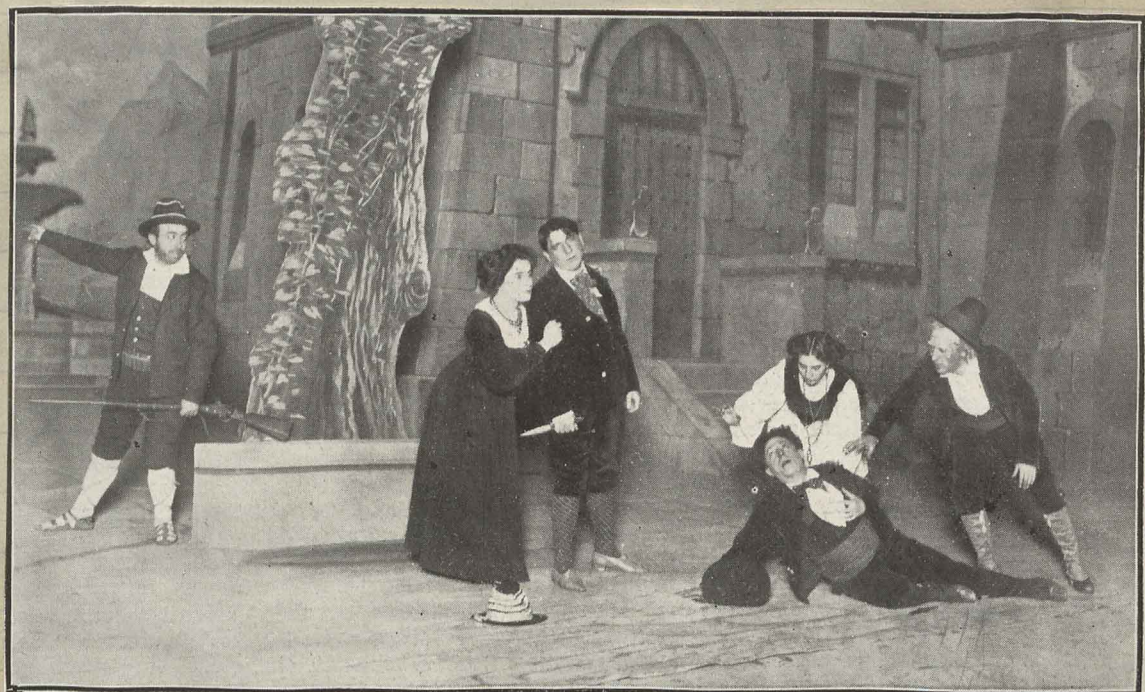
Legado Carlos Fernández Shaw. Biblioteca. FJM.



El tenor José Sánchez. Fots. Nouville.



Lucía (Srta. Marini)



Otra escena de la misma ópera. La muerte de Vicentello.

Fots. R. Cifuentes.



La canción de la alegría. Una escena y bailables de «Colomba».

"A. B. C."

LAS NOCHES DEL REAL

COLOMBA» El año pasado, *Margarita la Tornera*; este año, *Colomba*.

¿Hay ya ópera española?

Los que creen que para que exista es preciso que haya músicos españoles que pongan en solfa libros interesantes, recuerden que hay óperas españolas, como *Marina*, de Arrieta; como *Tierra*, de Llano; como *La Dolores*, de Bretón; como *Raimundo Lulio*, de Villa; como *Margarita la Tornera*, como *Colomba*. Y si á zarzuelas como *El domo azul*, *La tempestad*, *El milagro de la Virgen*, *La bruja*, *La Marseilésa* y otras se las pusiese música en los recitados, más ópera española, y muy hermosa, habría.

Según los que creen que la ópera española ha de ser labor especial de mayores vuelos, aunque tenga menos inspiración que la de aquellas obras, seguimos sin ópera. Chapí y Vives han hecho música más bonita, más inspirada, más genial, que la de *Margarita la Tornera* y *Colomba*.

El público fué anoche con la misma ilusión, con el mismo deseo de entusiasmarse, que fué, pronto hará un año, á ver la primera audición de la ópera de Chapí.

El maestro Vives era una esperanza legítima. Pocos músicos de los modernos, después de Chapí, han ofrecido música tan lozana, tan graciosa, tan original.

Colomba tiene un asunto italiano—discutiría la gente,—pero puede ser una ópera española, como *Carmen* es una ópera francesa aunque su asunto es español.

Claro es que más española sería si la acción, que se desarrolla en Córcega, ocurriese, por ejemplo, en Valencia, cuyo carácter no deja de tener analogía con el del pueblo corso, como si el mismo mar que baña las costas de ambos pueblos ejerciese análoga influencia en su sangre y en sus sentimientos.

Pero el público que va á oír una ópera concede mucha más importancia á la música que al libro, aun cuando éste sea tan interesante como el de *Colomba* y producción de escritores tan notables y expertos como los Sres. Fernández Shaw y Lóñez Baletos.

Digamos lo que el auditorio hizo anoche, y consignemos que llenaba el teatro y que concurrieron á honrar á la ópera española con su presencia y sus aplausos la familia Real en primer término, el Gobierno casi en pleno después, las clases más distinguidas de la alta sociedad y del arte y el público, en fin, de los estrenos, sin excluir el de siempre en las alturas.

Los primeros aplausos los conquistó la señora D'Albert (*Colomba*) después de una canción á la que dan tinte dramático el amor y la venganza, sentimientos que animan en toda la leyenda á la heroína corsa.

Se renuevan los aplausos después del dúo de *Colomba* y Ors (Fazzni), cuya factura, también dramática, mezcla de anhelos de amor y de venganza, está enriquecida por una instrumentación brillante.

La escena final conmueve, también musicalmente, con su riqueza de sonoridades, al auditorio, y Vives sale á escena tres veces con los cantantes y el maestro Villa para recibir los aplausos nutridos y unánimes que hay para todos, y en primer término para el compositor.

A poco de empezar el acto segundo resuenan nuevas salvas de aplausos. El público ha reconocido á su Vives, el maestro de musa risueña, de inspiración lozana y aca-



Una escena de «Colomba». El desafío.

El estreno de *Colomba* en el teatro Real fué un acontecimiento al cual dieron mayor esplendor con su presencia la familia real, el Gobierno casi en pleno y muy eminentes figuras de la alta sociedad madrileña.

Colomba es el segundo paso que en estos últimos tiempos se ha dado para la implantación de la ópera española, ó mejor dicho, de la ópera de autores españoles. *Margarita la Tornera* fué el primero.

Colomba ha triunfado también en toda la línea. El maestro Vives, que con sobrados méritos figuraba ya entre los predilectos del público, ha hecho lo mucho bueno que de él podía esperarse. Los libretistas, señores Fernández Shaw y López Ballesteros, le acompañaban dignamente en su empresa, y para todos ha habido justos aplausos.

Vaya, pues, nuestra enhorabuena para todos, sin olvidar á los felices intérpretes de la producción de Vives, Fernández Shaw y López Ballesteros.

COMEDIAS y
COMEDIANTES

TEATRO REAL. - "COLOMBA,, - ÓPERA ESPAÑOLA



Srta. D'Albert y Sr. Taccani



Coro de viejos



Escena final

"Diana" - (basir)

31-1-916.

El estreno de "Colomba"

Un nuevo paso en pró de la ópera nacional y netamente española, y un nuevo triunfo de nuestro arte lírico.

En la anterior temporada "Margarita la Tornera", del Dorado Chapí; en la actual, "Colomba", del inspi-
rato Vives, y en el porvenir otras muchas más, hasta
que la existencia de la ópera española sea un hecho
real, tangible, no una de las diversas ilusiones de los
que soñamos con el engrandecimiento patrio.



Fernandez Shaw

El éxito obtenido por Chapí y Vives en la alta
cumbre del coliseo de la plaza de Oriente, y la acogi-
da que público y empresarios han dispensado á sus
obras, deben servir de acicate á los compositores que
tienen bien probado que para su inspiración, rica y
lozana, no ofrece dificultades la empresa de dotar al

arte musical español de producciones que al par que eviten se escape al extranjero torrentes de oro, en pago de derechos de representación, lleven á cabo la creación sólida y eterna de la ópera española.

La prueba está hecha, y sus resultados son por demás halagüeños.



D. Luis López Ballesteros

Hablemos de "Colomba".

López Ballesteros y el exquisito poeta Fernández Shaw, inspirándose en un pasaje de una famosa novela de Próspero Mérimée, han escrito un libro interesante, trágico y bello, en el que además de retratar fielmente uno de los rasgos más característicos del pueblo corso, traza con hermosos y enérgicos rasgos la figura de una mujer, "Colomba", la protagonista, en la que parecen personificarse el carácter y las pasiones de su raza.

La acción transcurre en Piátranera, aldea de Córcega.

El coronel Antoni fué asesinado por la familia Barnaccini, á consecuencia de lo cual separábalas un odio á muerte que hacía inevitable la criminal y odiosa "vendetta."

El coronel Antoni dejó un hijo, Ors, quien entusiasmado con las glorias de su compatriota Bonaparte, abandonó la aldea para unirse á sus ejércitos.

Vencido y prisionero Napoleón, Ors regresa á su aldea deseoso de paz y de ventura y sin pensar en la "vendetta"; porque ni moral ni materialmente está probado que fueran los Barnaccinis los que asesinaron á su padre.

Este modo de pensar de Ors indigna á todo el pueblo, y le incita á la venganza.

A la cabeza de los que piden la "vendetta" está Colomba, una huérfana que la familia Antoni había recogido y educado, y la cual, al escuchar de los propios labios de Ors que rechaza la idea de venganza, apostrofa á éste y se aleja de él diciéndole que renuncie á su amor y que le devuelva la promesa de casamiento que le había hecho.

En el segundo acto, cuando todo el pueblo celebra la boda de Lucía y Pablo, que acaba de efectuarse, Colomba canta una balada que termina con el "imbecco", el canto de guerra corso que anima á la "vendetta."

Entonces Ors, influido por el canto de Colomba, poco á poco siente surgir en él las dormidas pasiones corsas, terminando por desafiar á Vicentello Barracini, para vengar la muerte de su padre. Luchan los representantes de las dos familias, y Vicentello cae muerto por el cuchillo de Ors.

La "vendetta" queda triunfante.

Si decimos que la partitura es muy superior al libro, no diremos más que la verdad, porque así es, en efecto. En toda ella se mantiene Vives á la altura de su fama, y ni por un momento deja de mostrárenos el compositor de grandes vuelos, de exquisita y original inspiración, el técnico de envidiables conocimientos y honrados recursos.

La canción de Colomba del primer acto, el dúo cantado por ésta y Ors, la canción del pastor, el coro de viejos y la balada á que antes hemos aludido, son páginas musicales que no desdenarían firmarlas los más famosos maestros.



El maestro Vives

La interpretación, exceptuando la señora D'Albert (Colomba) y el tenor Fazzini (Ors), estuvo encomendada á segundas partes, razón por la que en ella sólo abundaron los buenos deseos.

En general fué bastante deficiente.

JULIO ABRIL.

"Las Novedades" de Nueva York.

10-2-910.

Notas musicales

TEATRO REAL

"Colomba".

Al reanudarse en el teatro Real la presentación de óperas españolas, después de cierto espacio de tiempo, dedicado á la importación de género extranjero, en determinados casos de menos artístico que el que por acá nos gastamos, el éxito ha acompañado á estos nuevos y decididos intentos, para que el arte nacional ocupe el sitio que merece. Sus autores, afortunados y justos, han hecho que para ellos fuesen ovaciones, que parecían reservadas únicamente para quien nació fuera de España, y ayer "Margarita la Tornera" y hoy "Colomba", vienen á derramar sobre nosotros raudales de alegría y satisfacción al ver que el éxito ayuda á los esfuerzos de los expresados paladines.

Chapí, desaparecido prematuramente, fué su último esfuerzo solemne y decisivo para luchar y vencer sobre un escenario que, tirano y orgulloso con sus glorias, mostrábase rebelde á ser conquistado. Vives, músico joven, de alientos poderosos, luchador así mismo; enamorado de su arte y siempre dispuesto á reñir batallas por el mismo, ha seguido en la labor emprendida y ha conseguido vencer de igual modo que lo logró en anteriores empeños. El tantas veces aplaudido maestro ha recorrido con su inspiración y técnica todos los géneros que abarca la música, y su pluma lo mismo ha escrito piezas para concierto que ha estampado notas retozanas, que alcanzaron luego popularidad callejera. Sabiamente preparado para producir óperas, á ellas ha llegado ahora con "Colomba"—como anteriormente lo hizo con otras,—triunfando y haciendo que el público batiese palmas en honor suyo.

"Colombia" es una ópera toda pasión, melodía y vigorosos acentos. Un libro dramático y hábil para presentar situaciones musicales, ha servido para que Vives trabajase en una labor que pudiera ser de las más salientes de sus producciones. Este es el secreto de muchos éxitos de ópera, y Puccini y otros podrían dar perfecta razón de esto. Los autores del poema de "Colomba" han estado afortunados, prestando á la acción gran interés, sobriedad y poesía efusiva.

López Ballesteros y Fernández Shaw han hecho, á juicio mío, un perfecto libro de ópera, de color popular, de alma vibrante y de interesante asunto.

La música de Vives es vigorosa, llena de color, rica de matices y de técnica indiscutible.

—¿Entonces ha hecho una ópera maravillosa y absolutamente perfecta?—me dirá el lector que atento á estos renglones, y sin haber asistido á la representación, trate de formar juicio sobre la nueva producción del autor de "Bohemios".

—No, amigo lector; Vives no ha podido prescindir de la preocupación de que su ópera iba á estrenarse en el Teatro Real, y no ha sido todo lo espontáneo que yo le hubiera querido. Se ha dejado llevar por la suposición de que para triunfar sobre aquel escenario hay que ponerse serio, muy serio, y olvidando que aún vive fresco y lozano "El barbero de Sevilla", se ha entonado demasiado, y ha perdido en frescura de ideas y lozanía de motivos lo que ha querido ganar para ponerse á tono con el ambiente. Yo estoy seguro que el maestro Vives se ha visto solicitado por multitud de melodías, que ha rechazado lejos de sí por creerlas triviales y de poco fuste para la obra que intentaba. Vayan, como testigos de mis afirmaciones, los números que mayores aplausos conquistaron. La canción y bailables del segundo acto y el coro de viejos que sigue. Lo primero fué repetido, y lo segundo, franca y estripitosamente aplaudido. ¿No es esto la mejor demostración de que á melodía espontánea y fácil no hay público que se resista? No siempre la acumulación de grandes sonoridades, arrancadas á la orquesta á fuerza de paciente labor, es el mejor camino para el éxito, pues si bien por un momento puede uno mostrarse sorprendido por una sensación puramente acústica, es lo cierto que inmediatamente viene la reflexión, y con ella el análisis de lo que acaba de escucharse, y si esto no produce en los sentimientos afines á la música el efecto deseado, la reacción es más poderosa y definitiva.

El maestro Vives, con alientos poderosos para las más altas empresas musicales que puedan intentarse, y yo me complazco en reconocerlo y proclamarlo del modo más solemne, ha juzgado conveniente hacer lo que ya dejo apuntado, que si bien debe satisfacerle, porque da gallarda muestra de que su dominio del difícil arte es completo, no nos ocurre lo propio á los que nos hemos deleitado con tantos temas desarrollados por él en otras obras.

¿Está esto claro?, como dice Maura. Yo hubiese querido más frescura, más espontaneidad, más melodía, más frases cantables, á su exuberancia de técnica y de seriedad.

Hay en "Colomba" pasajes admirables y dignos de la mayor estima.

El segundo es superior al primero, si bien en el—y Vives me perdone si de mi pluma brotan frases de ruda franqueza—aparecen á veces reminiscencias de frases musicales que otras veces recibieran distintos autores. ¿Es esto hecho con propósito pre concebido? Seguro estoy de que no, pues admiro demasiado á Vives para creerle un rebuscador de la inspiración ajena; es, sencillamente, defecto de lo que dejo apuntado; de haber pensado demasiado en las óperas y de que teme escribir precisamente otra que pudiera colocarse al nivel de aquélla.

Hay en "Colomba" un ambiente dramático y fiero que apasiona, mezclado con notas francas y alegres, eminentemente populares. La frase musical es siempre amplia, caliente y decisiva; la instrumentación, rica y sonora; los procedimientos, nuevos, y la medida de sus piezas, justa. "Colomba" es, á juicio mío, ópera que debe salir de España, correr mundo y abrirse paso triunfal á través de otras muchas que valen bastante menos.

Y, sin embargo, ¡si Vives hubiera querido y se hubiera presentado ante nosotros tal como es!...

El éxito fué grande y decisivo. Al final del primer acto salió repetidas veces á escena, y en el segundo lo hizo durante el transcurso del mismo y al final de la ópera.

Los libretistas no quisieron compartir los aplausos que sonaron, y modestamente se quedaron entre bastidores; pero conste que el público les habría visto con agrado.

La interpretación merece francos elogios. La Sra. D'Albert dió extraordinario relieve á su papel, cantando con gran fortuna, no obstante estar su particella llena de dificultad. Fué apasionada y fiera, como el papel requería, luciendo su voz preciosa y vibrante y viviendo por completo la figura de Colomba.

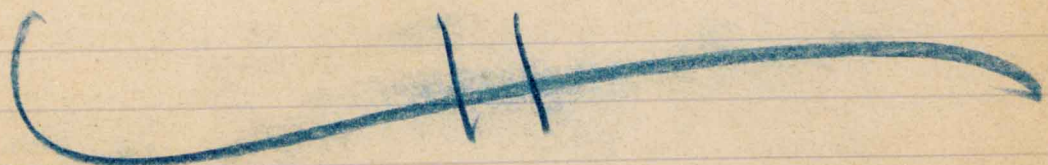
Muy bien Fazzini, la Srta. Hernández, el barítono Cigada, Cabello, Foruria y el tenor Serna, que repitió una bonita canción, dicha con sumo gusto.

Amalio Fernández mostró su arte en la decoración del segundo acto, admirable como suya, y Luis París demostró su pericia de hábil director escénico.

También merecen elogios los coros, el baile y la orquesta, sin olvidar al maestro Villa, que ha concertado y dirigido la ópera con sumo cuidado y su habilidad de siempre.

Quedamos, pues, en que fué un éxito, y en que el maestro Vives debe interpretar estos aplausos como señales de aliento para que prosiga por el camino emprendido. Con él y con otros habrá ópera nacional. ¡Y estoy seguro de que Vives es de los que más brillo y esplendor ha de proporcionarla!

A. R. BONNAT.



riciadora, el autor de *La balada de la luz*, de *Los bohemios*. Hay una canción, la canción de la alegría, entonada por un pastor (Serna, tenorino muy apreciable), y bailada por unas parejas corsas. Es bella, graciosa; se hará popular. Se repite entre atronadores aplausos, y Vives sale á escena para recibir el premio de tan lindísima página.

Sigue un coro de viejos, también muy original, ameno, ligero. El público le aplaude; una parte pide la repetición; otra parte impone silencio para no interrumpir nuevamente el curso de la obra.

Es aplaudido un dúo de tenor y tiple Ors y Chilina (señorita Hernández)—cuya valentía impresiona al auditorio. Se escucha con atención un terceto, en el que la orquesta describe también tanto ó más que las voces, cantado por La Corneja (señorita Perini), Barrecini (Foruria) y Viccentello (Cabello), y llegamos á la escena culminante, la balada que declina en el *rimbecco*, corso, especie de excitación á la venganza.

Probablemente en este número ha puesto sus amores el maestro Vives y ha derrochado técnica y color. Pero la golosina de la danza puesta al principio del acto había hecho su efecto en el paladar de la generalidad del público y guardó los aplausos para un momento después, cuando bajo el telón terminada la ópera.

Entonces se repitieron las ovaciones y las llamadas á escena á los autores.

Lo consignado es reflejo exacto de lo sucedido. La labor del maestro Vives es acreedora á los aplausos vivísimos que se le tributaron.

Representa un esfuerzo más en favor de la ópera española; esfuerzo loable, digno de ser secundado por otros maestros, pero despojándose de preocupaciones á fin de que al hacer ópera no renieguen de su personalidad propia, de lo que son, de lo que han sido y de lo que no deben dejar de ser al pisar un terreno en el que los extranjeros hacen lo suyo, y no todo recomendable.

Vives en *Colomba* demuestra que posee tesoros técnicos para instrumentar y conocimientos magnos de cómo tratan las ideas los autores modernos, Wagner el primero. Riqueza de inspiración la tenía bien acreditada antes de su estreno de ayer.

A los nombres citados entre los artistas que interpretaron la obra hay que añadir los de Cigada, el excelente baritono, que puso mucho cariño en un papel de no mucho lucimiento; Del Pozo y Fúster, la señora Barca y la señorita Marini.

La señora D'Albert sobresalió por la importancia de su papel y por el acierto y el entusiasmo que puso en la interpretación.

La obra, muy bien puesta. La decoración del acto segundo, una plaza de Pietranera, pintada por Amalio Fernández, gustó mucho. La orquesta, muy bien, y á su altura el maestro Villa.

Esta noche se canta también *Colomba*.

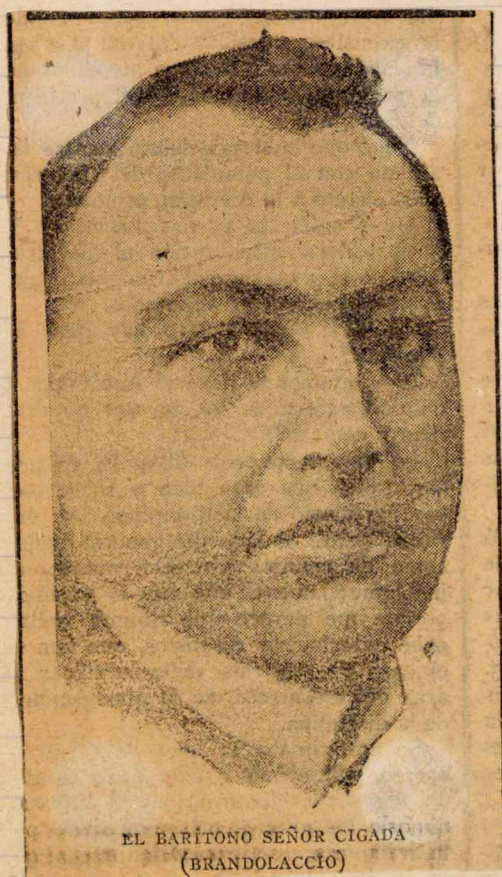
Y por cierto que en vez de los bailables de *Hamlet*, para abrir programa, se cantará el acto tercero de *Aida*.



EL MAESTRO VIVES, AUTOR
DE "COLOMBA"



EL TENOR SEÑOR FAZZINI
(ORS ANTONI)



“COLOMBA”

Ante el estreno.

No han negado los autores de *Colomba* que el primer pensamiento suyo acerca de esta obra fué que fuese zarzuela. Y esa es confesión que honra, porque es indicio de sinceridad artística.

No hace un año, y con motivo del estreno de *Margarita la Tornera*, se decía en estas columnas algo que será bien repetir, pidiendo antes perdón al lector amable por la molestia.

“Chapí, con hondo sentido artístico nacional, ha dado á beber á las muchedumbres el vino de nuestra lírica en la copa española, modesta si quereis, pero española, españolísima, de la zarzuela. ¡Desconfiad de los que cuando oyen hablar de zarzuela tuercen el gesto! ¡Por qué y cómo renegar de esa castiza manifestación de nuestro arte lírico, aunque esté velada ahora por la concupiscencia ó menospreciada por el *esnobismo*? Los que eso hagan, ó han perdido la memoria ó se empeñan en disimular el entendimiento.”

Ni Vives, ni Fernández Sahw, ni López Ballesteros han renegado del género castizo en que obtuvieron notabilísimos triunfos. Antes aspiraban á renovarlos y continuarlos con la zarzuela *Colomba*, que anoche, crecida, y como hermana mayor de la *non nata* zarzuela, se ofreció al juicio del público como ópera.

Nadie piensa aquí en escribir óperas. ¡Da tan poco eso! Además un artículo del contrato de arrendamiento del teatro Real es válvula chica para producción lírica aun tan escasa como la nuestra.

No hablo de *farrucas* y *garrotines* ahora, naturalmente.

El que más y el que menos considerará:

—¿Voy á tener la inmensa fortuna de que mi ópera, si la escribo, sea la que se estrene en el Real, ya que es inútil soñar en que se estrene en otra parte? ¡Dejémoslo!...

Y aun estas que se estrenan, vedlo, no iban para óperas; pero se da el caso singularísimo de que, siendo tan difícil estrenar una ópera, se ha hecho más difícil aún estrenar en España una zarzuela.

Óperas, á lo menos, se estrena una al año. ¡Pero zarzuelas!... Mientras se escriba música en Austria, y entre si escribimos ó no hacemos un tratadito de propiedad, ¿qué necesidad hay de que empresas, autores ni intérpretes se empeñen en cultivar el jardín de casa?

Ya lo ve el lector. Vives, Fernández shaw y López Ballesteros empezaron á componer una zarzuela... y han acabado estrenándola en el teatro Real.

Y con toda seriedad digo que no hay en estas palabras nada que de cerca, ni de lejos, pueda considerar mortificante para su amor propio artístico ninguno de los tres autores citados, tan justamente aplaudidos en ocasiones varias. No renegar de la zarzuela, para mí, es un mérito; no hacer nada para salir de ese molde lírico, en demanda de superiores

concepciones y formas artísticas, algo refinado con la ley de perfeccionamiento que á todas las manifestaciones de la vida alcanza.

Y entre tanto ¿con qué pretexto podríamos nosotros negar á nuestra música el derecho de sonar en el Real, á pocas jornadas de distancia del deleznable brindis y el indecoroso corito de pajes de *Amleto*, que el inteligente y simpático Fesser eligió para sacarnos á la pública vergüenza á Barrado y á mí, y á él mismo, puesto que habló de que lo tarareábamos juntos? ¡Yo no he tarareado eso nunca! No se puede abusar de la amistad de esa manera, gran *Joaquim*...

Y volviendo á lo nuestro. Pongamos todos la atención y el afecto en esta empresa, en la que va un empeño patriótico de independencia artística, cuyo sólo intento merece respeto y gratitud, aunque los lauros, y los mármoles, y los broncos haya que reservarlos, como es de justicia, para quienes definitivamente acierten.

La ópera.

Un breve preludio, en que palpita el sentimiento popular y de que parecen escapar estuivos de monteraces aromas, nos pone en relación con el ambiente campesino, pastoril é ingenuo que, tanto en la melodía como en su presentación y subrayado y adorno orquestal, ha de servir de marco y base de contraste para el trágico ir y venir de pasiones que hace del asunto de esta ópera uno de los más sombríos que pueden hallarse, aumentada en fuerza dramática por las variantes introducidas en el poema musical respecto de la conocida novela de Merimée. En el riente y luminoso valle de Pietranera, que es el cuadro de las escenas del acto primero, vese allá, junto al camino, el montículo de piedras, rematado por una cruz, que habla al caminante de la muerte de un hombre. Allí fué asesinado el coronel Antoni, y su muerte no ha sido aún vengada.

La idea de la *vendetta* en el libro, como en la partitura, lo llena todo. Los agrios compases del *rimbecco* ensombrecen toda la composición, como el *in-memoriam* del asesinato del coronel rompe la dulce monotonía y la apacible claridad del valle. Esa es, en esencia, la ópera.

Un motivo de danza pastoril, que bien puede haber hallado Vives en el *folk-lore* musical de su patria catalana, enlaza el preludio con las escenas primeras de la ópera, todas ellas de campesino sabor: una voz intensa de pastor congrega á los zagales, que acuden al olorcillo de las migas que para ellos se preparan en un caldero. En alegres grupos consumen la frugal pitanza.

Tiene toda esta escena, construída con arreglo á los cánones tradicionales, indudable sabor y sencillez adecuada.

La aparición de *Brandolaccio*, que entona un violento canto de independencia, aprendido quizá en el susurro del viento en las quebradas de las altas peñas en